



Contra la muerte de los sueños: Filosofía vivida en clave de manifiesto

Jamer Arley Palacio Castro

Filosofo

Trabajo de Grado Filosofía

Facultad de Filosofía

Asesor:

José Daniel Gómez Serna, Doctor en Filosofía UPB

Universidad Pontificia Bolivariana

Escuela de Filosofía, Teología y Humanidades

Pregrado UPB

Medellín

2025

"No nacimos para repetir el mundo, sino para rehacerlo con el fuego de nuestras preguntas."

Jamer Arley Palacio Castro

DEDICATORIA

A los que no se rindieron cuando todo parecía perdido.

A los que caminan con el alma rota y, aun así, sueñan.

A los que no buscan aplausos, sino sentido.

A quienes prefieren fracasar con dignidad que triunfar sin verdad.

Y a ti, lector silencioso, que —como Elías— sabes que vivir es más que durar.

AGRADECIMIENTOS

Más que cerrar una etapa académica, este trabajo marca la culminación de una historia de vida. No es solo el final de un pregrado en filosofía: es el testimonio de un proceso, de un llamado, de un designio de Dios que ha ido labrando en mi existencia con ternura, pruebas y propósito.

Gracias, ante todo, a mi madre, por ser luz incansable en los momentos de mayor vacío. A su fe, su ternura y su fortaleza debo gran parte de lo que hoy soy. Gracias también a mi futura esposa, compañera en este viaje de sueños, preguntas y reconstrucciones. Ambas, junto con la Iglesia —mi Iglesia—, han sido figuras femeninas que me han sostenido cuando más lo necesitaba, que me han enseñado que vivir también es sanar y que el amor no solo consuela: también transforma.

Agradezco profundamente a la Iglesia Católica, no solo por su doctrina, sino por la formación humana y espiritual que ha sembrado en mí. Allí descubrí que la filosofía no está peleada con la fe, y que el silencio también es un camino hacia la verdad.

Gracias a cada una de las personas que han dejado una huella en mi vida. A quienes me han dado palabras, gestos, preguntas o tiempo. Cada uno ha enriquecido mi camino, sumando sentido donde parecía que solo había dispersión.

Y gracias, con sincera admiración, a José, mi director de trabajo de grado. Su forma de amar la filosofía, tan profundamente romántica, tan ajena a los márgenes secos del academicismo, me inspiró a pensar con el corazón. Gracias por mostrarme que filosofar también puede ser un acto de amor.

TABLA DE CONTENIDO

1. Portada	
2. Resumen -----	6.
3. Introducción -----	7.
4. Objetivos generales -----	9.
5. Justificación-----	10.
6. Capítulo I: El Letargo de los Sueños y la Urgencia de Pensar -----	18.
7. Capítulo II: Justificación Filosófica: Argumentemos lo no argumentable-----	35.
8. Capítulo III: Elías: <i>Kenósis</i> y Despertar -----	57.
9. Capítulo IV: Contra el Olvido de los que aún Respiran -----	79.
10. Capítulo V: Manifiesto Final – Contra la Muerte de los Sueños -----	88.
11. Epílogo o Nota Final del Autor -----	98.
12. Referencias -----	100.

RESUMEN

Este no es un trabajo de grado convencional. Es un grito. Un incendio controlado que se expande entre páginas para recordarnos que no nacimos para obedecer sin pensar, ni para vivir sin propósito. *Contra la muerte de los sueños* es un manifiesto narrativo que denuncia la resignación existencial y la reducción de la filosofía a un ejercicio académico sin vida. Aquí no se explican doctrinas: se encarnan. No se repasan teorías: se atraviesan. A través de la historia simbólica de Elías —un joven que despierta en un café atemporal junto a un anciano filósofo— se despliega una travesía que nos invita a mirar la infancia perdida, la vida mecanizada, los anhelos postergados y el vacío de una existencia sin preguntas.

Esta obra no teme mezclar realismo mágico con teoría filosófica, ni mancharse con la irreverencia de quien quiere vivir y no simplemente durar. Inspirado en Aristóteles, Nietzsche, Ricoeur, Frankl, Beauvoir, Heidegger y tantos otros que pensaron con el cuerpo y el abismo, este texto defiende la idea de que *soñar no es ingenuo, sino revolucionario*. Que la filosofía debe bajar de las aulas para habitar el alma. Que no basta con existir: hay que rehacerse. Este escrito no busca la verdad absoluta. Solo desea encender una chispa. Y si al cerrar la última página alguien se atreve a mirar su vida con nuevos ojos, entonces este manifiesto habrá cumplido su cometido.

INTRODUCCIÓN

Este no es un trabajo de grado tradicional. No busca aportar una teoría nueva ni demostrar con rigor científico una hipótesis previamente formulada. Es, más bien, una travesía escrita desde el temblor y el asombro. Un intento por devolverle a la filosofía su lugar en la vida cotidiana y al pensamiento su derecho a incomodar. Aquí no se trata de analizar al ser humano desde afuera, como objeto de estudio; se trata de encarnarlo, de habitarlo, de cuestionarlo desde adentro, con las manos sucias de realidad y el alma inquieta por sentido.

Partimos de una preocupación que es también una herida: ¿por qué los sueños, esos que alguna vez nos definieron, parecen desvanecerse en la adultez como si nunca hubiesen tenido derecho a existir? ¿Por qué tantos hombres y mujeres viven en piloto automático, con la conciencia dormida, repitiendo roles heredados y guiones impuestos? Este trabajo nace de esa sospecha, de esa urgencia vital por recuperar el derecho a soñar, a preguntarse, a filosofar sin pedir permiso.

Inspirado en la figura simbólica de Elías —un personaje que es todos y cualquiera—, este texto despliega un recorrido vivencial y narrativo que entrelaza filosofía, memoria y existencia. El enfoque es surrealista, pero la intención es radicalmente humana: despertar. No desde la erudición, sino desde la osadía de pensar como quien respira, como quien arde.

La metodología, si así debe llamarse, ha sido la del descentramiento: renunciar al molde académico para crear un manifiesto que no solo se lea, sino que se sienta. Las referencias filosóficas que acompañan estas páginas no son ornamento, son raíces: Zambrano, Nietzsche, Ricoeur, Frankl, Arendt, Scheler, Ortega, Bergson... no están aquí como autoridad, sino como compañía.

Lo que el lector encontrará no es una tesis en sentido estricto. Es un espejo. Un grito. Una puerta. Y sobre todo, una invitación: a no traicionar la infancia filosófica, a resistir la muerte lenta de los sueños, y a hacer de la vida —cada vida— un acto de creación constante.

Porque este trabajo no pretende clausurar nada. Al contrario: quiere abrir. Y si en algún rincón del lector resuena una pregunta, un recuerdo o una decisión que se había postergado, entonces, quizás, el fuego sigue encendido.

OBJETIVO GENERAL

Explorar, desde una narrativa vivencial y filosófica, los motivos existenciales y culturales que conducen a la muerte simbólica de los sueños humanos en la vida adulta, proponiendo una kenosis personal como camino hacia el reencuentro con el sentido y la posibilidad de una vida elegida.

Objetivos específicos

- Desplegar una reflexión crítica sobre la institucionalización del pensamiento y el silenciamiento de la imaginación en contextos educativos, sociales y culturales.
- Vincular conceptos filosóficos de autores como Nietzsche, Ricoeur, Zambrano, Frankl y Ortega con las experiencias existenciales del personaje Elías como espejo del sujeto contemporáneo.
- Denunciar, desde una escritura narrativa y performativa, los mecanismos de domesticación simbólica que anulan la capacidad de soñar y de filosofar con autenticidad.
- Proponer una reapropiación del pensamiento filosófico como forma de vida, resistencia y acto creador frente a una existencia automatizada y sin cuestionamientos.

JUSTIFICACIÓN

Voy a incluir este apartado en mi trabajo de grado, ya que más que una exigencia académica se convertirá en una evidencia de la hipótesis que voy a desarrollar, se convierte en un combustible que potencia nuestras incapacidades, y es una crítica interna que cada uno de nosotros se debe hacer ya que, sin dar un *spoiler* de este texto, somos el peor enemigo que nutre nuestros miedos.

¿Un texto filosófico con argumentación...? Nos hemos acostumbrado a ver la filosofía como un cadáver embalsamado, bien presentado en vitrinas académicas, con etiquetas que explican cada uno de sus órganos teóricos, perfectamente clasificados en corrientes, tendencias y escuelas de pensamiento. Para hablar de filosofía en la actualidad, parece que primero hay que pedir permiso. ¿Pero a quién? ¿A las universidades, que han convertido el pensamiento en un ejercicio de repetición? ¿A los filósofos profesionales, que se han vuelto los notarios de la especulación? ¿O a la burocracia académica, que exige citas, referencias y metodologías para avalar la más mínima idea? Realmente, ¿hacemos filosofía o estudiamos y hablamos de filósofos? Quisiera que esta fuera una pregunta sin respuesta, o más bien, que no mereciera ser respondida, pero este con seguridad no es el caso.

Nos han enseñado que la filosofía debe justificarse, como si fuera culpable de un crimen. Antes de siquiera pensar, hay que demostrar que el pensamiento es válido, que obedece a un marco teórico, que encaja dentro de un esquema. Y así, en este sistema, la filosofía se convierte en un arte de argumentar lo que ya ha sido argumentado, de construir sobre los mismos cimientos sin atreverse a demolerlos. ¿En qué momento la filosofía –que nació del asombro y la duda– se transformó en una disciplina que requiere certificaciones y procedimientos, como si fuera una ingeniería del concepto?

La ironía no termina ahí. Mientras que en las aulas se exige rigor metodológico y citas bibliográficas, en la vida cotidiana la gente sigue filosofando sin pedir permiso. En los cafés, en las noches de insomnio, en los sueños y en las pesadillas, la reflexión sigue su curso, sin protocolos ni normativas. ¿No es precisamente en esos espacios donde la filosofía sigue viva? En el asombro de quien mira el cielo y se pregunta por su lugar en el mundo, en la angustia de quien ha perdido el rumbo, en el deseo de quien sueña con un futuro distinto, en el que se pregunta aun hoy en el porqué de las cosas y en el que encuentras cosas sin porqué.

¡Pero claro! Si queremos hablar de sueños y filosofía, tenemos que justificarlo. No basta con enunciar la relación entre ambos conceptos por ser expresiones de la condición humana. Hay que demostrarlo, argumentarlo, construir un marco conceptual que lo respalde. Y aquí estamos, obedeciendo las reglas del juego mientras las cuestionamos. ¿No es acaso la mayor ironía?

Antes de continuar, quisiera detenerme un momento y ofrecer mis más sinceras disculpas. ¡Perdón, Platón!, por atreverme a pensar sin haber atendido a la dialéctica que posibilita ir de la caverna al mundo inteligible.¹ ¡Perdón, Aristóteles!, por formular preguntas sin haber categorizado previamente los términos en un sistema lógico irrefutable.² ¡Perdón, Heráclito!³, por no haber pedido autorización para fluir con el pensamiento antes de establecer que todo cambia. Y, sobre todo, ¡perdón, a la academia, a las instituciones, a los guardianes del conocimiento!, porque —¡oh, sacrilegio!— voy a hablar de filosofía sin haber justificado primero por qué tengo derecho a hacerlo.

¹ Platón, *La república* (Madrid: Editorial Gredos, S. A., 1988), 338-345.

² Aristóteles, *Tratados de lógica: Organon I* (Madrid: Editorial Gredos, S. A., 1982), 29-77.

³ Giorgio Colli, *La sabiduría griega III: Heráclito* (Madrid: Editorial Trotta, 2010), 55.

Si a los padres de la filosofía les hubieran exigido justificar sus pensamientos antes de enunciarlos, ¿qué hubiera sido de ellos? Imaginemos a un joven Platón redactando una justificación antes de escribir sobre su mundo de las Ideas. Tal vez habría tenido que demostrar, con citas previas, que la realidad que percibimos con los sentidos es imperfecta. Quizá, hubiera necesitado un permiso oficial de los sofistas para hablar de verdades universales sin caer en la trampa del relativismo. Y qué decir de Aristóteles: ¿cómo habría podido sentar las bases de la metafísica si primero hubiera debido justificar la necesidad de hablar del ser? Quizá, se habría visto obligado a esperar hasta que un comité de académicos revisara su *Poética* antes de decirnos que la tragedia nos purifica a través de la catarsis⁴.

Pero claro, ellos no tenían que justificar nada. No porque fueran infalibles, sino porque la filosofía no tenía que pedir permiso para existir. Ellos pensaban porque querían entender, porque el asombro y la duda eran suficientes razones para filosofar. No necesitaban demostrar que el conocimiento debía organizarse en un sistema para poder hablar de él. No necesitaban un código de citación para definir el alma o la justicia. La filosofía no era una práctica burocrática, sino una pulsión natural del intelecto humano.

Hoy, en cambio, si alguien quiere hablar de sueños y filosofía, primero debe demostrar por qué esos conceptos merecen estar en la misma oración. Debe probar que los sueños son más que meras imágenes nocturnas, que tienen una dimensión metafísica y ética. Debe argumentar, con base en Aristóteles, que la imaginación juega un papel crucial en la formación del conocimiento y la acción. Y si por algún descuido osa decir algo sin citar una autoridad, entonces su pensamiento será desestimado como mera especulación.

⁴ Aristóteles, *Poética* (Madrid: Gredos Editorial, S. A., 1974), 145.

Así que, con toda la humildad del caso, ofrezco mis disculpas. No soy Platón ni Aristóteles, y, por lo tanto, debo justificar aquello que ellos no hicieron. La filosofía de los grandes pensadores surgió del cuestionamiento espontáneo, pero la mía, por desgracia, debe pasar por el filtro de la justificación académica. Porque el pensamiento *apriori* parece estar reservado solo para los doctos, y a los demás nos toca argumentar antes de atrevernos a dudar.

Si lo que he escrito hasta ahora ya es osado, lo que sigue podría ser imperdonable. No solo me atrevo a filosofar sin pedir permiso, sino que, además, me aventuro a poner en diálogo filosofía y literatura, ¿podrían la especulación metafísica y la narración poética compartir la misma mesa? Pero aún peor, lo hago sin vergüenza, sabiendo que toda gran filosofía que ha sacudido el pensamiento humano ha sido, en algún momento, confundida con locura, delirio o simple disparate.

¿No fue acaso Heráclito el oscuro, el incomprendido, el que hablaba en enigmas y nos decía que no podíamos bañarnos dos veces en el mismo río? ¿No era su pensamiento un acto poético disfrazado de filosofía, o acaso no era su filosofía un poema disfrazado de logos?⁵ Y qué decir de Diógenes, el cínico que despreció la civilización con un sarcasmo que hoy en día sería tachado de insolencia. Vivió en un barril y desafiaba a los poderosos con la misma irreverencia con la que hoy desafiaríamos las reglas académicas.⁶

Luego está Platón, con la alegoría de la caverna, en la que expone su teoría metafísico-gnoseológica, narración que podría asimilarse con literatura simbólica si no estuviera resguardada en la sacrosanta etiqueta de *Diálogo filosófico*. Y ya que estamos hablando de mitos, no olvidemos

⁵ Colli, *La sabiduría griega III*, 55.

⁶ Peter Sloterdijk, *Crítica de la razón cínica* (Frankfurt: Ediciones Siruela, S., 2019), 281.

que Parménides expuso su metafísica en versos. ¡Sí, en versos! Su gran tratado sobre el Ser no nació en la forma de un tratado lógico, sino como un poema épico en el que una diosa le revelaba la verdad última de la existencia.⁷

¿Y si hablamos de la locura? Nietzsche, el profeta errante, aquel que proclamó la muerte de Dios, el que escribía como un poeta poseído por la lucidez de los condenados. Si *Así habló Zaratustra* es un híbrido entre filosofía, misticismo y literatura, un relato simbólico que bien podría confundirse con el delirio de un iluminado.⁸ No en vano terminó abrazando la demencia, como si la línea entre el pensamiento radical y la locura fuera tan delgada que al cruzarla solo quedara el silencio.

Entonces, ¿por qué habríamos de trazar una línea tan rígida entre filosofía y literatura? ¿Por qué el relato, el símbolo, la metáfora, deben ser relegados a un segundo plano cuando han sido los vehículos de algunas de las ideas más poderosas de la historia? Si escribir filosofía desde la ficción, desde lo surrealista, desde lo simbólico, es un atrevimiento, entonces lo asumo con gusto. Porque la filosofía nunca ha sido un simple conjunto de razonamientos bien ordenados: ha sido también un grito, una imagen, una intuición expresada con la belleza y el desconcierto del lenguaje.

Así que, este trabajo de grado es atrevido. No solo porque se reta a hablar de sueños y filosofía sin pedir permiso, sino porque lo hace a través de un personaje, de un relato, de un café imaginario donde la realidad y la ficción se funden. Y si eso es un error, entonces no puedo hacer más que sumarme al linaje de aquellos que fueron tachados de locos, de poetas disfrazados de filósofos, de pensadores cuya “dudosa procedencia” no les impidió cambiar el mundo. Si han

⁷ Alfonso Gómez-Lobo, *El Poema de Parménides, Texto griego*, (Santiago: Editorial Universitaria, 1999).

⁸ Friedrich Nietzsche, *Así habló Zaratustra: un libro para todos y para nadie* (Madrid: Alianza Editorial, 2003).

llegado hasta aquí, queridos guardianes de la pureza filosófica, permítanme un momento para advertirles algo importante: es momento de cerrar este texto y seguir con sus asuntos serios.

De verdad, ¡no sigan leyendo! ¡No tiene sentido! Este no es un tratado filosófico con rigurosas referencias y complejas demostraciones lógicas. No hay en estas páginas la pesada maquinaria conceptual que tanto adoran, ni la estructura impenetrable que confiere el sello de “pensamiento autorizado”. Tampoco encontrarán aquí, literatura digna de los cánones, porque, para que algo sea literatura, debe contener el aliento exacto de la forma, la coherencia del estilo y la impecabilidad de la técnica. No, esto no es ni lo uno ni lo otro. No es filosofía tradicional porque no está debidamente justificada, ni literatura porque está plagada de ideas. Así que no se molesten en intentar clasificarlo.

Si han llegado hasta aquí esperando un argumento sólido, un sistema ordenado, una exposición limpia y académica, lo lamento. Lo que aquí encontrarán es algo distinto: un viaje por los márgenes, por las grietas de la razón, por ese espacio donde los sueños se confunden con la realidad y la filosofía se viste de relato. No intento demostrar, sino sugerir. No busco convencer, sino evocar. Así que, si lo que quieren es teoría pura, clausura epistemológica y precisión terminológica, este no es su sitio. Cierren el libro, cierren la pestaña, vuelvan a sus aulas, a sus bibliotecas con libros ya aprobados, a sus conferencias donde el pensamiento debe ser previamente validado por otros pensamientos previamente validados.

Si, por el contrario, han sentido alguna vez que el pensamiento no solo se articula en definiciones, sino también en imágenes y metáforas, entonces, adelante. Pero, casi lo olvido y confundo mi pensamiento de estudiante con el de un Sr. Filósofo: la verdad es que mi título profesional depende de este trabajo de grado, y sin duda tengo que intentar justificarlo. No porque

me parezca necesario, sino porque así funcionan las cosas en este sistema: primero la justificación, luego la idea. Primero la estructura, luego el pensamiento. La justificación no está aquí, en esta sección escrita por obligación. Está en los capítulos que vendrán.

Así que, en la historia, el diálogo y los escenarios que iremos recorriendo, es donde intentaré hacer filosofía digna de ser leída, quizás cuestionada, tal vez malinterpretada y —si hay suerte— hasta justificada por otros en el futuro. Lo que aquí sigue no es un ejercicio de sumisión intelectual ni un homenaje a la metodología establecida. Es una invitación a pensar de otro modo. A cruzar ese umbral donde la filosofía y la literatura se mezclan sin pedir permiso.

Si algo nos ha enseñado la filosofía es que el pensamiento no es propiedad de nadie, y que su labor no es justificar su propia existencia, sino expandir las fronteras de lo posible. Aristóteles nos recuerda en la *Metafísica* que “todos los hombres tienen, por naturaleza, el deseo de saber”⁹, y en ese deseo de saber se esconde la necesidad de narrar, de convertir la experiencia en discurso, de dar sentido a la vida a través de la palabra. La filosofía no es solo argumentación rigurosa ni un conjunto de silogismos impecables; también es, como decía Nietzsche, “el más peligroso de los bienes”¹⁰, porque implica el riesgo de pensar sin restricciones.

Este trabajo de grado, entonces, se inscribe en esa tradición filosófica que no teme cruzar los límites del género. Si Platón desterró a los poetas de su república ideal, fue porque comprendía demasiado bien el poder del relato, su capacidad de seducción y transformación. Sin embargo, él mismo recurrió al mito para explicar lo inexplicable, como la alegoría de “la caverna” o la de “la auriga” para comprender el alma. ¿Acaso no es el surrealismo una continuación de esta misma

⁹ Aristóteles, *Metafísica* (Madrid: Gredos, 2000), 69.

¹⁰ Friedrich Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia* (Madrid: Alianza Editorial, 2004), 26.

búsqueda? ¿No es, en el fondo, otra forma de acercarnos a lo real a través de lo onírico? Como diría Pascal: “El corazón tiene sus razones que la razón no conoce; lo sabemos por mil cosas”¹¹, y este trabajo busca esas razones, en los sueños, en los anhelos, en los deseos que nos constituyen como humanos.

¹¹ Blaise Pascal, *Pensamientos* (Madrid: Alianza Editorial, 1981), 478.

CAPÍTULO I - El Letargo de los Sueños y la Urgencia de Pensar

Es curioso cómo la filosofía, esa antigua amante del asombro¹², ha sido encerrada en las frías aulas de la academia. La han despojado de su carácter vivo, reduciéndola a un cúmulo de teorías y conceptos abstractos, alejados del fragor de la existencia. Pero, si la filosofía nació en el ágora, en el diálogo y en la confrontación con la vida misma, ¿no es acaso un absurdo desterrarla de la experiencia cotidiana? Aristóteles distinguía entre la “teoría”, la “poiesis” y la “praxis”¹³, entendiendo que, la *vida buena* no solo es una contemplación de principios universales, sino una acción que modela la existencia misma. ¿Cómo, entonces, hemos permitido que la filosofía se reduzca a una simple especulación académica, divorciada de la lucha diaria del ser humano?

Si algo nos ha enseñado la historia, es que la filosofía no pertenece a los claustros, sino a la vida misma. La filosofía debe ser método, estilo, una forma de existir en el mundo. Heidegger nos advirtió del peligro de la “tecnificación” del pensamiento¹⁴, de reducirlo todo a un conjunto de procedimientos mecánicos, vacíos de sentido, donde la razón instrumental se impone sobre la razón práctica. Hoy, el hombre moderno, devorado por la lógica del rendimiento, se ha convertido en un engranaje más de la maquinaria social, olvidando que el pensar auténtico es aquel que nos devuelve a la pregunta fundamental: ¿cómo vivir?

¹² Aristóteles, *Metafísica*, 69. Se alude indirectamente a lo que Aristóteles plantea en la *Metafísica*, cuando dice: “Todos los hombres tienen por naturaleza el deseo de saber”, y explica que la filosofía nace del asombro (*thaumázein*).

¹³ Aristóteles, *Ética a Nicómaco* (Madrid: Gredos, 2004).

Aristóteles distingue entre *theoría* (contemplación), *poiesis* (producción) y *praxis* (acción) en su *Ética a Nicómaco* y otras obras, proponiendo que la vida buena no consiste solo en pensar, sino en actuar éticamente.

¹⁴ Martin Heidegger, *Ser y tiempo* (México: Fondo de Cultura Económica, 2003).

Heidegger advierte sobre la tecnificación del pensamiento moderno en *La pregunta por la técnica* y en *Ser y tiempo*, donde critica la pérdida del pensar auténtico por la racionalidad instrumental.

La filosofía como modo de vida es una idea que encontramos en los estoicos, en Epicuro, en el cinismo de Diógenes, en la rebelión de Nietzsche contra la moral esclava, y hasta en la propuesta de Foucault sobre el “cuidado de sí”¹⁵. No se trata de acumular conocimiento en bibliotecas polvorientas, sino de ejercitar la libertad de pensar y actuar en el mundo de manera consciente. Pierre Hadot¹⁶ nos recordaba que los antiguos concebían la filosofía como un conjunto de “ejercicios espirituales”, un entrenamiento del alma que implicaba no solo la reflexión, sino la transformación de la propia vida, ¿qué sentido tiene hablar de ética sin encarnarla? ¿Qué valor tiene la teoría sin la praxis que la sostenga?

Por eso, este capítulo se justifica en la necesidad de devolverle a la filosofía su carácter de aventura existencial. No basta con leer a los filósofos, hay que ponerlos a prueba en el crisol de la vida. La filosofía debe ser un arma contra la inercia del pensamiento conformista, un desafío a la costumbre, una provocación. Nietzsche y el “martillo que demuele los ídolos”¹⁷ de la época, la risa de Diógenes al rechazar la hipocresía social, la osadía de Sócrates al preferir la muerte antes que traicionar su verdad. En este sentido, el pensamiento no se desarrolla en la comodidad de la seguridad, sino en el vértigo de la duda, en la incomodidad de enfrentar lo que damos por hecho.

Si hoy la filosofía parece muerta, no es porque haya dejado de ser necesaria, sino porque hemos olvidado cómo vivirla. Hemos sucumbido a la rutina, al automatismo de la existencia, convirtiéndonos en meros ejecutores de un guión que no escribimos. Marcel Mauss hablaba del “hábito incorporado”¹⁸, de cómo las estructuras sociales se imprimen en nuestros cuerpos y

¹⁵ Michel Foucault, *El cuidado de sí: Historia de la sexualidad III* (Madrid: Siglo XXI, 1990).

Foucault, en sus últimos trabajos, reflexiona sobre el “cuidado de sí” como una forma de resistencia ética ante los sistemas de poder.

¹⁶ Pierre Hadot, *Ejercicios espirituales y filosofía antigua* (Madrid: Siruela, 1995).

¹⁷ Friedrich Nietzsche, *El crepúsculo de los ídolos* (Madrid: Alianza Editorial, 2004).

¹⁸ Marcel Mauss, *Sociología y antropología* (Madrid: Tecnos, 1979).

acciones hasta hacernos olvidar que podríamos ser de otro modo. En este letargo, la filosofía se extingue no por falta de pensamiento, sino por falta de un pensamiento que transforme. Y tal vez sea hora de recordarlo.

Una historia que, por medio del surrealismo, la filosofía y los sueños, nos invitará a recordar lo que hemos dejado atrás. En ocasiones, nuestras vidas se tornan monótonas, atrapadas en la repetición mecánica de los días, como si fuéramos actores de un guión preestablecido que interpretamos sin cuestionar. Hemos aprendido a ver el tiempo como un recurso escaso, una moneda de cambio en la economía de la supervivencia, y no como el espacio de la reflexión y el descubrimiento.

Vivimos en una época en la que el sentido de la vida parece un privilegio de quienes pueden permitirse detenerse a pensar, de aquellos que poseen la libertad de escapar del reloj implacable que dicta nuestros días. Mientras tanto, la mayoría se encuentra atrapada en la necesidad inmediata, relegando las preguntas fundamentales a un rincón olvidado de la existencia. Pero ¿es realmente el pensamiento un lujo? ¿O es, más bien, la condición necesaria para una vida auténtica?

La alienación que denunciaba Marx no solo ocurre en el ámbito del trabajo, sino también en la manera en que nos relacionamos con nuestra propia conciencia. Nos han hecho creer que la contemplación es una pérdida de tiempo, cuando en realidad es el único camino para recuperar nuestra humanidad. En esta historia, desafiamos esa idea. Nos sumergiremos en el conflicto entre el mundo automático y el mundo del pensamiento, entre la vida programada y la vida filosófica. Porque pensar no es un lujo, sino una necesidad tan vital como el aire que respiramos.

En este texto, aunque pueda percibirse con un tono sarcástico, argumentaremos la importancia de la vida filosófica. Desde la simplicidad de un niño hasta los más altos niveles del pensamiento hermenéutico, la filosofía debe encenderse en nosotros como una llama que aviva nuestra existencia. Los sueños son esa chispa filosófica que nos impulsa a vivir una vida llena de sentido. Con la intención de introducir la importancia de vivir la filosofía, ¡preguntémonos!: ¿por qué algunas personas llegan al suicidio? Tal vez porque les falta la esperanza, aquella que se manifiesta en la capacidad de soñar y luchar por ello. Como bien señaló Viktor Frankl, “el sentido de la vida es lo que permite al ser humano soportar el sufrimiento”¹⁹ cuando este sentido se pierde, la existencia se torna insoportable.

Viktor Frankl, en su obra *El hombre en busca de sentido*, nos mostró que incluso en las circunstancias más adversas, el ser humano puede encontrar razones para seguir adelante. No se trata de una resignación pasiva, sino de la voluntad de desafiar el destino, de forjar sentido incluso en el dolor. Esta capacidad de reconstruir nuestra propia narrativa es lo que nos permite redescubrir el camino cuando parece perdido.

La filosofía, entonces, no es un lujo intelectual, sino una necesidad vital, una brújula que orienta al individuo en la búsqueda de significado. No se encuentra en la mera acumulación de conocimientos, sino en la osadía de vivir con propósito, de desafiar lo establecido, de no conformarse con la inercia del mundo. Tal vez no podamos cambiar la totalidad de nuestra realidad de inmediato, pero sí podemos transformar la forma en que nos posicionamos ante ella. Y ahí, en ese gesto de rebeldía, comienza el verdadero acto filosófico.

¹⁹ Viktor Frankl, *El hombre en busca de sentido* (Barcelona: Herder, 2004), 101.

¡Que la lectura comience! Y que la duda, el cuestionamiento y la búsqueda de sentido nos acompañen en este viaje.

El Letargo de los Sueños y la Urgencia de Pensar

El café nocturno no tiene nombre, o si alguna vez lo tuvo, su letrero se ha borrado con el tiempo que aporrea silenciosamente, que pasa y lo celebramos en anualidades ostentosas más la realidad es que juega en nuestra contra, ha arrastrado con el nombre a tal punto que nadie lo recuerda, como si la propia ciudad se hubiera encargado de ocultarlo del mundo. No aparece en mapas ni guías, y quienes intentan regresar después de haberlo encontrado por casualidad suelen vagar por calles desconocidas, confundidos, sin volver a dar con él. Está escondido en una callejuela demasiado estrecha para los autos y demasiado oscura para los transeúntes comunes. Solo quienes llevan consigo el peso de los sueños rotos parecen notar su presencia, como si la melancolía misma les mostrara el camino, como si esta fuera la brújula que guía la realidad de quienes la han perdido.

La entrada es una puerta de madera envejecida, siempre entreabierta, como si esperara a alguien que nunca llega, como si invitara a entrar a quien la vea y es tal la sensación que cautiva que no queda más alternativa que con la mano envejecida empujarla y entrar. Sobre la puerta, una lámpara de luz amarilla parpadea con un ritmo errático, iluminando apenas los escalones de piedra desgastada que llevan al interior. Al cruzar el umbral, la atmósfera cambia: el aire huele a café antiguo, a páginas de libros olvidados y a un perfume que nadie recuerda haber usado. No hay relojes en las paredes ni ventanas que den al exterior, solo espejos velados que reflejan un tiempo detenido.

Los horarios de este perturbante café son misteriosos, abre solo cuando la ciudad duerme, cuando el murmullo de la vida cotidiana se apaga y deja espacio a voces más antiguas, más cansadas. Sus clientes no son habituales, ni siquiera parecen pertenecer a una época en particular.

Son aquellos que han sido olvidados por el mundo o por sí mismos, almas errantes que llegan sin saber por qué y se van sin despedirse. Algunos vuelven noche tras noche, buscando respuestas que nunca terminan de encontrar; otros aparecen una vez y se desvanecen como un suspiro. Los niños lo frecuentan, mas su paso es efímero, dándole al ambiente una calidez indescriptible; los jóvenes llegan a curar sus heridas, pero muchos por sus secuelas deciden dimitir de aquel misterioso sitio, mas otros se superan e igual olvidan el camino. Los mayores vuelven a ver qué tan rápido pasó el tiempo que borro los anhelos y en este momento con dificultad dan sus pasos y hasta desvanecieron del por qué están ahí.

Las mesas están dispersas sin un orden aparente, algunas con manteles raídos, otras desnudas, mostrando la madera agrietada. En una esquina, una gramola susurra melodías gastadas por el tiempo, canciones que nadie reconoce pero que todos sienten haber escuchado alguna vez en sus sueños. La luz es tenue, proveniente de lámparas de vidrio que tintinean con una brisa inexistente. Entre los estantes de libros polvorientos y los cuadros torcidos en las paredes, cada detalle del café parece contar una historia que nadie ha escrito, un relato atrapado entre el sueño y la vigilia.

Este café no es solo un refugio, es un umbral entre la realidad y la ficción. Un lugar donde los ecos de los sueños perdidos resuenan en cada rincón, donde el pasado y el presente se entrelazan en conversaciones susurradas y miradas esquivas. No es un espacio para la nostalgia, sino para el misterio de lo que pudo haber sido y se desvaneció. Aquí, las historias de desconocidos flotan en el aire espeso, se adhieren a las paredes y se vierten en tazas de café que nunca se enfrían del todo. Es un lugar que no busca respuestas, pero las contiene todas en su silencio, es un lugar donde cada

lector puede encontrar ese algo que perdió y que no se acordaba poseer, es el lugar donde las vidas apagadas recobran vitalidad y las mentes apocadas retornan en vigor.

Y es aquí donde Elías, el protagonista, se convertirá en el testigo y el hilo conductor de este laberinto de anhelos truncados. Ha llegado sin buscarlo, arrastrado por una sensación familiar, como si cada paso que dio en su vida lo hubiese llevado inevitablemente hasta esta puerta. No sabe todavía que este lugar le devolverá los fragmentos de una verdad que ha estado persiguiendo sin darse cuenta, como quien persigue su sombra al atardecer.

Elías no es un héroe ni un sabio, es un hombre común con una sensibilidad peculiar para escuchar lo que otros callan y ocultan. Cada noche que pasa en el café, se sumerge en relatos que parecen espejos rotos de su propia existencia. Historias de quienes soñaron con algo inmenso y terminaron atrapados en la inercia de los días. De aquellos que estuvieron a punto de tocar la grandeza, pero un giro sutil del destino los desvió hacia un camino más gris. De los que dejaron atrás sus pasiones por miedo o por necesidad.

En este recorrido que nos disponemos a dar, Elías será más que un observador: será un catalizador. Sus encuentros con los clientes del café lo llevarán a explorar preguntas que laten en la médula de toda existencia humana: ¿Qué nos hace abandonar los sueños que alguna vez nos definieron? ¿En qué momento se diluyen las aspiraciones en la rutina? ¿Es posible recuperar aquello que creemos perdido o solo podemos aprender a vivir con su ausencia?

Cada conversación que tenga, cada historia que escuche, lo empujará a adentrarse más en su propia memoria, en los rincones de su mente donde también se esconden sueños olvidados. Poco a poco, la línea entre su historia y la de los demás se irá desdibujando. Las palabras que

escucha en boca de otros resonarán en su interior como ecos de pensamientos propios que nunca se atrevió a verbalizar.

Este viaje no será una simple recopilación de testimonios, sino una exploración de la esencia misma del deseo, la frustración y la persistencia del alma humana. A través de Elías, el lector caminará por el filo entre la resignación y la esperanza, entre la lucidez y la locura, entre la vigilia y el sueño. En este café sin nombre, donde los olvidados se convierten en voces de advertencia o inspiración, se librá una batalla silenciosa entre lo que fuimos y lo que aún podemos ser.

Elías empujó la puerta del café con la misma sensación de quien atraviesa un umbral sin retorno. No esperaba encontrarlo, pero ahí estaba: el hombre sentado en la esquina más oscura del lugar, donde la luz apenas rozaba el filo de su perfil. Su rostro era una cartografía de arrugas y sombras, y en sus ojos se reflejaba el brillo apagado de alguien que ha visto demasiado. No parecía viejo, pero tampoco joven. Su edad era una incógnita, como si el tiempo lo hubiera olvidado en ese rincón del mundo.

El silencio entre ambos fue breve, aunque se sintió eterno. Elías estaba acostumbrado a la extrañeza de aquel café, pero algo en la presencia de ese hombre lo inquietaba más de lo habitual. Había algo familiar en su porte, en la forma en que tamborileaba los dedos sobre la mesa de madera gastada, como si estuviera midiendo el ritmo de un pensamiento que aún no se decidía a pronunciar.

—Te estaba esperando —dijo el hombre finalmente, sin apartar la mirada de su taza de café.

Elías frunció el ceño. No era posible. Él no conocía a nadie en ese lugar.

—¿A mí? —preguntó, con una mezcla de incredulidad y cautela—.

—A ti —afirmó el hombre con una leve sonrisa que parecía más un enigma que un gesto de cortesía—. O, mejor dicho, a alguien como tú. Uno de los que llegan aquí sin saber por qué, con una pregunta en los labios que aún no se han atrevido a formular.

Elías sintió un escalofrío recorriéndole la espalda. No respondió. Solo se dejó caer en la silla frente al hombre, como si algo invisible lo hubiera empujado a hacerlo.

—¿Quién eres? —murmuró finalmente—.

El hombre tomó un sorbo de su café antes de responder.

—Soy muchas cosas —dijo, dejando la taza sobre la mesa con un leve tintineo—. Para algunos, un filósofo. Para otros, un necio que se niega a aceptar lo evidente. Pero para ti, esta noche, seré un guía.

Elías arqueó una ceja, sintiendo que el aire en el café se volvía más espeso.

—¿Guía de qué?

El hombre se inclinó ligeramente hacia él, sus ojos destellando con una intensidad casi febril.

—De lo que viniste a buscar.

Elías sintió que su propia respiración se ralentizaba. Algo, en la certeza con la que aquel hombre hablaba, lo desarmaba por completo.

—Yo... solo entré a tomar un café —intentó decir, pero incluso a sus propios oídos sonó falso—.

El hombre sonrió con ironía.

—Todos los que llegan aquí dicen lo mismo. Pero dime, Elías... ¿Cuántos sueños has dejado morir en el camino?

Elías abrió la boca, pero no encontró respuesta. En su pecho, un eco de palabras no dichas comenzó a resonar.

—Escúchame bien —continuó el hombre, entrelazando los dedos sobre la mesa—. Este lugar no es un café cualquiera. Aquí, las historias que se cuentan no son solo recuerdos, sino fragmentos de algo mayor. Algo que, si estás dispuesto, podrías llegar a comprender.

Elías sintió un peso en el aire, como si la conversación estuviera a punto de cambiarlo todo.

—¿Y qué es eso que debería comprender?

El hombre se reclinó en su silla, su sonrisa desapareciendo poco a poco.

—Que la muerte de los sueños no es el fin... sino el principio de algo más.

Elías sintió que el mundo a su alrededor se tornaba irreal, como si la ciudad entera hubiera quedado al otro lado de aquella puerta, y él acabara de cruzar un umbral sin saber si alguna vez

podría regresar. No podía apartar la mirada del hombre que tenía enfrente. Sus palabras flotaban en el aire, suspendidas como hilos de un telar invisible, entretejiendo una idea que aún no alcanzaba a comprender.

—No entiendo —susurró, sintiendo un escalofrío recorriéndole la espalda—. ¿Qué significa que la muerte de los sueños es solo el principio?

El anciano filósofo se reclinó en su asiento, apoyando los codos sobre la mesa con la serenidad de quien está a punto de explicar algo que ha dicho muchas veces antes, pero que nadie ha logrado comprender del todo.

—Dime, Elías, ¿qué crees que es un sueño? —preguntó, entrelazando los dedos con parsimonia.

Elías frunció el ceño, buscando una respuesta.

—Supongo que... imágenes, deseos, recuerdos. Algo que vive en nuestra mente cuando dormimos.

El anciano sonrió con la paciencia de un maestro ante un discípulo torpe.

—Eso es lo que la mayoría cree. Pero si así fuera, ¿por qué hay sueños que persisten, que se aferran a nosotros como si tuvieran su propia voluntad? ¿Por qué hay anhelos que nos persiguen incluso cuando intentamos olvidarlos?

Elías no respondió.

—Aristóteles —continuó el hombre, con voz pausada— decía que “todo lo que existe tiene una causa y un propósito”.²⁰ Que nada surge de la nada y nada existe sin razón. Según él, el mundo no es un caos sin sentido, sino un entramado de causas que dan forma a lo que somos y a lo que pensamos.

El anciano levantó la mirada y sus ojos oscuros brillaron con una intensidad casi febril.

—Los sueños no son solo ilusiones. Son parte de esa estructura de la realidad. No están separados de lo que llamamos “lo real”. Son el reflejo de una verdad que intentamos ignorar.

Elías sintió un leve mareo. La voz del hombre resonaba en su mente como un eco antiguo, como si sus palabras no fueran suyas, sino arrancadas de un libro olvidado en el tiempo.

—¿Quieres decir que... los sueños son reales?

El anciano inclinó ligeramente la cabeza.

—Más reales de lo que crees. Para Aristóteles, “el alma es la forma del cuerpo”²¹, aquello que le da sentido y propósito. Pero ¿qué ocurre cuando el alma sueña? ¿Deja de ser, o se expande más allá de los límites de la vigilia?

Elías sintió la piel erizarse.

²⁰ Aristóteles, *Metafísica*, I.2, 982b25.

²¹ Aristóteles, *De Anima*, II.1, 412a20.

—Tú estás aquí porque algo dentro de ti se resiste a desaparecer —continuó el filósofo—. Porque en algún rincón de tu ser, hay una verdad que te ha estado llamando, pero que no has querido escuchar.

Elías tragó saliva.

—¿Entonces... este café es un sueño?

El anciano sonrió con esa expresión enigmática que ya le era familiar.

—¿Qué es más real, Elías? ¿El mundo que habitas durante el día o las sombras que te susurran cuando cierras los ojos?

Elías sintió que la sala se volvía más pequeña, como si la realidad misma se estuviera replegando sobre él.

—Lo que estás viviendo ahora —dijo el anciano, inclinándose apenas hacia él— no es un simple encuentro. Es una pregunta. Y depende de ti si quieres escuchar la respuesta.

Elías sintió un vértigo extraño. Por primera vez en su vida, tuvo la sensación de estar despierto de verdad.

Elías apoyó los codos sobre la mesa, inclinándose ligeramente hacia el anciano. Su mente se agitaba con preguntas que nunca antes se había hecho con tanta urgencia.

—Si los sueños son reales, si de verdad tienen una existencia más allá de lo que imaginamos... entonces dime, ¿por qué algunos nos llenan de esperanza, mientras que otros nos

atormentan hasta la angustia? ¿Acaso no hay diferencia entre un sueño hermoso y una pesadilla?
¿Entre la fantasía y la expectativa de vida?

El anciano dejó escapar una leve risa, no burlona, sino cargada de esa paciencia infinita que tienen aquellos que ya han recorrido el camino antes.

—Ah, Elías, crees que el mundo de los sueños es un lugar ordenado, dividido en categorías claras, pero no es así. Aristóteles nos diría que todo lo que existe tiene un propósito, y los sueños no son la excepción. Pero, dime tú, ¿qué crees que los diferencia?

Elías se quedó en silencio unos segundos.

—Supongo que... los sueños fantásticos son imposibles, pura imaginación sin anclaje en la realidad. Las expectativas de vida, en cambio, son sueños alcanzables, metas que nos proponemos... Y las pesadillas... —su voz se apagó un instante— son aquello de lo que queremos escapar.

El anciano asintió lentamente, pero su sonrisa insinuaba que la respuesta era más compleja.

—Has tocado la superficie, pero hay algo más profundo. No pienses en los sueños como meras imágenes que aparecen en tu mente cuando duermes. Piensa en ellos como manifestaciones de algo más antiguo, más esencial.

Elías frunció el ceño, esperando la explicación.

—Los sueños fantásticos, esos que parecen irreales, son lo que Aristóteles llamaría entelequias sin causa eficiente. Imágenes sin sustento, sin un principio que las lleve a su

realización. No existen en el mundo del devenir, porque carecen de la materia que los haga posibles. Pero, ¿significa eso que no tienen valor? No necesariamente. Son espejos de nuestros anhelos más profundos, aunque inalcanzables.

El anciano hizo una pausa, dejando que Elías digiriera sus palabras antes de continuar.

—Las expectativas de vida, en cambio, son sueños con un principio en potencia. Aristóteles diría que son formas en busca de su realización, aspiraciones que, si encuentran las causas adecuadas, pueden convertirse en realidad. Son el puente entre lo que imaginamos y lo que podemos construir.

Elías sintió que su propia vida se reflejaba en esas palabras. ¿Cuántos de sus sueños habían comenzado como simples visiones que con esfuerzo se habían convertido en metas?

—¿Y las pesadillas? —preguntó, temiendo la respuesta.

El anciano entrecerró los ojos, como si esa pregunta le exigiera mayor cuidado.

—Las pesadillas... —dijo con voz más baja— son los sueños que han fracasado. Son entelequias rotas, que en lugar de buscar su realización, han sido condenadas a la disolución. Son deseos que se han podrido, que han sido traicionados por la misma mente que los creó.

Elías sintió un escalofrío.

—¿Quieres decir que las pesadillas son sueños que no pudieron cumplirse?

—O que fueron cumplidos de la manera equivocada —respondió el anciano, clavándole una mirada profunda—. Las peores pesadillas no son aquellas que nacen de la nada, sino aquellas que surgen de lo que más deseábamos, pero que en su realización se han convertido en su opuesto.

Elías sintió que la habitación se oscurecía apenas un poco, como si el aire se volviera más denso.

—¿Y si una persona ha perdido todos sus sueños? —preguntó, casi en un murmullo.

El anciano lo observó con una extraña mezcla de compasión y severidad.

—Entonces esa persona ha perdido su forma. Se ha convertido en una sombra dentro del mundo del ser. Y dime, Elías, ¿es ese tu caso?

Elías quiso responder, pero en su interior, algo le impedía decir la verdad...

CAPÍTULO II - Argumentemos lo no argumentable

Nos enseñaron que la filosofía es la hija legítima de la razón, que debe caminar con pies de plomo y hablar solo en términos demostrables. Nos inculcaron que soñar es el extravío de los débiles, que la realidad es la única medida válida y que cualquier pensamiento que no encaje en un marco conceptual académico es una herejía intelectual. Sin embargo, la filosofía nació del asombro, no de la certificación académica. Como diría María Zambrano, “la filosofía no puede renunciar al sueño sin dejar de ser filosofía”²², pues el pensamiento mismo surge de la capacidad de imaginar lo que aún no es, de vislumbrar lo que podría ser y de atreverse a cuestionar lo que ya se ha dado por sentado.

La filosofía ha sido, desde sus orígenes, una práctica de interrogación y descubrimiento. Platón, Aristóteles, Kierkegaard, Descartes, Hegel²³: todos ellos encarnaron una forma de soñar meticuloso, de desafiar los límites de lo posible y lo concebido. Como afirmaron Deleuze y Guattari: “el filósofo es el hombre que constantemente inventa conceptos, es decir, que no cesa de soñar”.²⁴ A través de la historia, el pensamiento filosófico ha sido un acto de resistencia contra la inercia del mundo establecido.

No pretendo reinventar el agua ni proclamar una verdad nunca antes dicha. La esencia de este texto no radica en la originalidad, sino en el retorno: volver a los orígenes del pensamiento humano, a ese momento en que las cosas no simplemente existían, sino que alguien se atrevía a preguntarse por ellas. La rueda, el fuego, la escritura, el Estado, Dios, el tiempo... Todo ha nacido

²² María Zambrano, *Filosofía y poesía* (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2004), 17.

²³ Para una introducción a estos pensadores clásicos, véase Bertrand Russell, *Historia de la filosofía occidental* (Madrid: Espasa, 2002). Ellos son mencionados como símbolos del sueño filosófico.

²⁴ Gilles Deleuze y Félix Guattari, *¿Qué es la filosofía?* (Barcelona: Anagrama, 1997), 136.

porque alguien no se conformó con lo dado y se atrevió a imaginar. La filosofía es, en esencia, la insistencia en esa pregunta primordial: ¿por qué? ¿Por qué no?

Pero en algún momento de la historia, el pensamiento se institucionalizó. La academia decretó que para pensar era necesario justificar, que para filosofar era necesario demostrar. Como denunció Feyerabend, “la ciencia y la filosofía han sido domesticadas por la burocracia del conocimiento, y el pensamiento libre se ha convertido en una anomalía”.²⁵ Y así, lo que nació como un arte de la interrogación se convirtió en un sistema de validación. Sin embargo, para comprender a Elías —que al final somos cada uno de nosotros—, es necesario despojarnos de estas ataduras y realizar una *kenosis*²⁶, entendida en términos nietzscheanos como la destrucción de las creencias heredadas y la reconstrucción de una identidad genuina. Parece que la vida misma o su entorno fueran enemigos del desarrollo filosófico, de la capacidad de asombro y cuestionamiento.

El dilema que planteamos no es menor: ¿vivimos una vida mecánica, programados desde la infancia para cumplir con lo esperado, o una vida filosófica, donde nos atrevemos a cuestionar, a imaginar, a desafiar? Mi querido lector, si en algún momento has sentido que has dejado atrás una parte de ti, que has perdido una esencia vital, en este texto —por sencillo que parezca— podrás reencontrarla.

Cuando citamos a Aristóteles, muchos creen que hablaba solo para los eruditos; cuando mencionamos a Platón, piensan que su pensamiento está reservado para los académicos; cuando

²⁵ Paul Feyerabend, *Contra el método* (Madrid: Tecnos, 1975), 23.

²⁶ *Kenosis* es un término de origen griego que significa “vaciamiento”. En la teología cristiana, hace referencia al acto por el cual Cristo se despoja de su divinidad para asumir plenamente la condición humana (Cf. Filipenses 2:7). En este trabajo, el concepto es resignificado en clave filosófica y existencial, especialmente influenciado por Nietzsche, para aludir al proceso de *vaciamiento interior* necesario para despojarse de creencias heredadas, automatismos mentales y condicionamientos sociales. La *kenosis* se entiende aquí como una transformación radical del sujeto, un renacimiento consciente que implica dolor, desapego y lucidez. Es un paso necesario para abrir espacio al pensamiento genuino, al deseo auténtico y a la reconstrucción de sentido desde la libertad.

evocamos a Nietzsche, suponen que su obra solo es comprensible para los artistas. Nos inculcaron la sospecha sobre la imaginación, la vigilancia sobre la metáfora y el desprecio por lo irracional. Lo peor de todo, es que nos robaron la infancia filosófica: ese tiempo en que los sueños no eran analizados, sino vividos con la certeza de lo posible. Nos dijeron que la historia no es lineal, sino que se repite cíclicamente.²⁷ Nos impusieron una vida ya trazada. Y la pregunta surge: ¿es eso lo que queremos aceptar?

Este segundo capítulo es un manifiesto, una declaración de intenciones. No busca ajustarse a los moldes académicos convencionales, sino reivindicar el derecho a pensar fuera del esquema, a filosofar sin la necesidad de encerrar las ideas en jaulas conceptuales. Porque la filosofía, si alguna vez fue libre, no nació de la prudencia, sino del asombro. No surgió de la justificación, sino del cuestionamiento. Si hoy se nos exige argumentar antes que pensar, es porque hemos permitido que la filosofía se convierta en una institución de custodios en lugar de un arte de creadores.

Propongo, entonces, un retorno al origen. Rousseau plantea que el niño²⁸ es un ser naturalmente bueno, con características filosóficas definidas: es libre, espontáneo, soñador. En su método educativo, propone que el niño descubra el mundo por sí mismo, sin imponerle conocimientos ajenos, sin que la sociedad lo corrompa. De eso trata este segundo capítulo: de nuestra infancia filosófica, asesinada por el poder de la palabra en el subconsciente. Y ese asesino, en muchos casos, es ese adulto que, pretendiendo hacer filosofía científica y estructurada, limita a un niño que pudo ser un gran pensador y constructor de ella, pues al imponerle los rígidos esquemas del pensamiento validado por la academia, anula su capacidad de asombro, su potencia

²⁷ Mircea Eliade, *El mito del eterno retorno* (Madrid: Alianza Editorial, 2001).

²⁸ Jean-Jacques Rousseau, *Emilio o De la educación*, (Madrid: Alianza Editorial, 2003).
Paráfrasis de su visión del niño como ser filosófico libre.

creadora y su derecho a filosofar sin ataduras. De esta manera, la filosofía pierde su frescura y su fuerza originaria, transformándose en una disciplina estéril y domesticada, lejos de su propósito primigenio.

Hoy declaro que este texto no es un tratado, ni una disertación académica, ni una tesis ortodoxa. Es un viaje, una exploración. Es un sueño que se resiste a morir bajo el peso de la lógica instrumental. Nietzsche, criticado por su estilo poético y metafórico, insistió en que la filosofía no debía limitarse a la razón fría²⁹, sino integrar la vida, el arte y la experiencia humana. En *Así habló Zaratustra*, proclamó: “Uno debe tener todavía caos en sí mismo para poder dar a luz una estrella danzarina”³⁰.

Pero ¿qué significa realmente ese caos? No es un desorden vacío ni una confusión sin rumbo, sino el germen de la creación, el impulso vital que desafía la rigidez de la norma. El caos del que habla Nietzsche no es la negación de la estructura, sino la posibilidad de su renovación constante. Es la ruptura con lo establecido para que algo nuevo pueda surgir. En ese sentido, la filosofía no puede ser mera repetición de conceptos heredados, sino una danza de la mente, un acto de valentía donde el pensador se arriesga a desafiar lo sabido.

Si nos han enseñado a temer al caos, es porque nos han enseñado a temer nuestra propia potencia creadora. Pero si aún queda en nosotros una chispa de esa infancia filosófica que nos arrebataron, si aun somos capaces de mirar el mundo con asombro y osadía, entonces quizá, solo quizá, todavía podemos dar a luz nuestra propia estrella danzarina.

²⁹ Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia*, 14.

³⁰ Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, 12.

El Manifiesto Surrealista de André Breton también desafió las convenciones racionales y reivindicó la libertad del pensamiento, abogando por una expresión auténtica, sin censura. Para Breton, la imaginación era la fuerza primaria del intelecto, un canal de acceso a verdades profundas que la razón convencional no podía alcanzar. Su propuesta nos recuerda que el pensamiento debe liberarse de las restricciones impuestas por la moral y la razón convencionales, que lo han constreñido a un corsé de lógica y argumentación rigurosa.³¹ En el surrealismo, la asociación libre y la espontaneidad del pensamiento revelan dimensiones de la realidad que han sido reprimidas por la estructura del conocimiento oficial. Así como Breton propuso que el arte debía ser una manifestación sin filtros de la mente humana, nuestra forma de filosofar también debería permitirse la osadía de lo irracional, la valentía de lo impredecible y la autenticidad de lo espontáneo. Solo cuando dejamos que el pensamiento fluya sin ataduras, sin temor al juicio académico, la filosofía puede recuperar su vitalidad original y reencontrarse con su fuente más pura: la capacidad humana de asombrarse y crear. Si la filosofía ha de seguir viva, que no sea en la pulcritud de sus citas, sino en la osadía de su expresión. Porque antes de que nos pidieran demostrar lo que soñábamos, simplemente soñábamos.

³¹ André Breton, *Manifiesto del surrealismo* (Madrid: Ediciones Cátedra, 2005), 1.^a parte.

El humo del café se elevaba en espirales etéreas, danzando en el aire antes de desvanecerse en el murmullo del pequeño recinto. La tarde caía lentamente, pero dentro de aquel café, el tiempo parecía suspendido, como si la conversación misma hubiese tejido un refugio inmune a su avance. En la penumbra dorada del local, Elías se sumergía en la voz pausada del anciano filósofo que tenía frente a él.

—Elías, dime algo —dijo el anciano, removiéndole lentamente su taza, con una pausa que parecía contener siglos de reflexión—. El tiempo ha pasado sin que lo notes, y con él, tantos sueños que alguna vez fueron tuyos. Dime, cuando eras niño, ¿qué querías ser cuando crecieras??

Elías sonrió, más por nostalgia que por certeza.

—Astronauta, creo. O científico. Tal vez escritor. Recuerdo que pasaba horas imaginando mundos enteros, pensando que todo era posible. No había límites. Pero ahora, al intentar recuperar esas imágenes, es como si tratara de atrapar agua con las manos; se escurre entre los dedos antes de poder darle forma. Quizás sea como decía Paul Ricoeur: la memoria no es un archivo, sino una reconstrucción, y cada vez que recordamos, también olvidamos.³² Algunos de esos sueños están intactos, otros se han fragmentado y otros, quizás, nunca fueron como los recuerdo. Es como si la memoria jugara conmigo, trayendo destellos de un pasado que se resiste a ser atrapado del todo. Sin embargo, sé que allí estaba, en esos momentos donde la realidad y la fantasía eran una sola, antes de que el peso de los años impusiera sus murallas.

³² Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido* (Madrid: Trotta, 2003), 87.

El anciano asintió con una leve sonrisa, como si hubiese escuchado esas palabras mil veces antes.

—Curioso ¿no?, Cuando somos niños nos permitimos soñar sin restricciones. Decimos que queremos ser astronautas, inventores, pintores, y todos los adultos celebran nuestra audacia. Pero luego... ¿qué sucede?

Elías no respondió de inmediato. Miró su café, como si en la espuma oscura pudiera encontrar la respuesta que se le escapaba.

—Nos dicen que dejemos de soñar —susurró, sin apartar la vista de su taza—. Que pongamos los pies en la tierra. Que la vida no es tan simple.

—Exacto —repuso el anciano—. La infancia filosófica muere cuando nos convencen de que hay un solo camino, una única verdad inmutable, una estructura incuestionable. Nos educan para repetir, no para cuestionar. Nos enseñan a temer el fracaso, a evitar la incertidumbre. Y así, poco a poco, los sueños van muriendo.

Elías sintió un escalofrío. Miró al anciano, buscando algo en su mirada que le indicara que había una salida, una forma de recuperar lo perdido.

—Pero ¿qué hacemos entonces? —preguntó, casi con desesperación.

El anciano dejó su taza sobre la mesa y lo miró fijamente. El silencio que siguió fue más elocuente que cualquier respuesta inmediata. Luego, con una voz grave y serena, dijo:

—Esa es la pregunta que cada uno debe responder por sí mismo.

El murmullo del café continuaba a su alrededor. La vida seguía su curso. Pero dentro de Elías, algo se había encendido. Algo que, quizás, llevaba años dormido.

El anciano apoyó sus manos sobre la mesa y continuó con su reflexión:

—Claude Lévi-Strauss —Desde la infancia, las estructuras culturales nos moldean sin que lo notemos. Nos enseñan a encajar en un sistema, a obedecer sin cuestionar, a repetir sin indagar.³³ Nos convierten en seres que transitan la vida sin preguntarse por ella, sin detenerse a contemplar su verdadero significado. Y así, en silencio, matamos al niño filósofo que llevamos dentro. ¿Acaso no es este el crimen más grande contra nuestra propia esencia? ¿No es una forma de condenarnos al olvido de lo que realmente somos?

Sin duda no podríamos definir la filosofía de otro modo que no sea el cuestionamiento perpetuo, la insistencia de un niño que pregunta sin cesar —continuó el anciano, su voz impregnada de gravedad—. Desde pequeños, nuestro espíritu inquisitivo nos empuja a cuestionar el mundo, a repetir incansablemente el “¿por qué?” o el “¿para qué?”. Pero en algún punto del camino, esa voz se encuentra con el hastío de los adultos, con respuestas vacías que solo buscan silenciar la incomodidad del cuestionamiento. Nos dicen “ya no más”, nos empujan a la resignación, y así, sin darnos cuenta, apagamos nuestra capacidad de filosofar.

—Es peor aún —prosiguió—, porque no solo nos apagan desde fuera, sino que interiorizamos esa censura. Nuestro propio subconsciente se convierte en verdugo de nuestros pensamientos más audaces. Nos repetimos a nosotros mismos: “despierta, vuelve a la realidad y deja de pensar en pendejadas”. Y así, la posibilidad de ver el mundo con ojos nuevos muere antes

³³ Claude Lévi-Strauss, *El pensamiento salvaje* (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1964), 27.

de siquiera florecer. ¿No es acaso este el asesinato del *niño filósofo*³⁴ que una vez fuimos? ¿No es esto la trágica pérdida del derecho a soñar, a imaginar, a proponerle al mundo una idea nueva?

Elías sintió que su garganta se secaba. La idea era inquietante porque, en el fondo, sabía que era cierta. Desde la infancia nos llenan de normas, de estructuras, de imposiciones que nos alejan de la pregunta esencial: ¿qué significa vivir? ¿Qué significa soñar?

Elías, sumido en un torbellino de pensamientos, intentaba hallar respuestas en los fragmentos dispersos de su memoria. Se preguntaba por el deber ser de las cosas, por la trascendencia de la vida, por la delgada línea entre existir y vivir plenamente. ¿Era la suya una vida vivida o simplemente observada desde la distancia? Como un eco de la teoría de Bergson sobre el tiempo y la memoria³⁵, sentía que sus sueños de infancia se desdibujaban, atrapados entre el presente mecánico y un pasado que se resistía a ser recuperado. En su mente, la pregunta del anciano resonaba con fuerza, desafiándolo a mirar más allá de la inercia del día a día y enfrentarse al olvido que, como una sombra persistente, amenazaba con consumirlo.

—Entonces... —musitó—, ¿cómo revivimos a ese niño? ¿Cómo hacemos para que no falte el aliento en nuestras vidas?

El anciano lo observó con serenidad y, tras un breve silencio, respondió:

—No es cuestión de volver atrás, sino de recuperar lo esencial. El niño soñador que fuiste sigue dentro de ti, acallado, enterrado bajo el peso de los años y las certezas impuestas. Debes

³⁴ El término "niño filósofo" se utiliza aquí como símbolo de la espontaneidad originaria del pensamiento, inspirado en la noción de infancia filosófica defendida por Rousseau y en la pedagogía filosófica contemporánea que considera la capacidad de asombro como fundamento del pensamiento crítico.

³⁵ Henri Bergson, *Materia y memoria* (Madrid: Alianza Editorial, 2006), 79.

aprender a escuchar su voz nuevamente, a atreverte a imaginar. El mundo necesita más seres que se pregunten por la vida y menos que solo la transiten. Si dejas que los sueños mueran, mueres con ellos. Pero si los rescatas, rescatas la posibilidad de ser verdaderamente humano.

Elías miró la ciudad a través de la ventana del café. En ese instante, comprendió que el viaje que estaba a punto de emprender no era hacia un lugar, sino hacia sí mismo.

Elías continuó mirando a través de la ventana del café, pero esta vez, su mirada no se posaba en las luces de la ciudad ni en el bullicio de la calle. Su atención se sumergía en sí mismo, en esa maraña de recuerdos y anhelos que el anciano había removido con sus palabras. Sabía que algo había cambiado en él, aunque no lograba definir exactamente qué era.

El anciano tomó un sorbo de café antes de continuar su reflexión, como si quisiera darle espacio a Elías para digerir cada una de sus palabras. Luego, con la misma serenidad de siempre, retomó su discurso:

—Si queremos recuperar nuestra capacidad de soñar y de preguntarnos por la vida, primero debemos reconocer que hemos sido domesticados. No en el sentido de la educación o la disciplina, sino en la forma en que se nos ha enseñado a aceptar el mundo sin cuestionarlo. Desde niños nos preparan para encajar, no para desafiar. Nos enseñan a ser engranajes de una máquina, no a ser arquitectos de nuestra propia existencia.

Elías desvió la mirada hacia el anciano. Algo en su tono le recordaba a las ideas que había leído sobre la alienación del hombre en la modernidad.

—¿Quiere decir que somos producto de una estructura que nos impone límites? — preguntó, sintiendo que la pregunta se formulaba sola en su mente.

El anciano asintió lentamente.

—Así es. La sociedad, la cultura, las instituciones... todas ellas han trazado los caminos que seguimos sin darnos cuenta. Y aquellos que intentan salirse del sendero marcado son vistos como locos, soñadores o, peor aún, como fracasados. No obstante, lo que olvidamos es que los más grandes cambios de la humanidad han surgido de quienes se atrevieron a desafiar esas estructuras. Piensa en Sócrates, condenado por cuestionar las normas de su tiempo; en Galileo, enfrentándose a la Iglesia por su visión del cosmos; en Nietzsche, desafiando las verdades establecidas sobre la moral y la existencia. También en artistas como Van Gogh, cuya genialidad fue incomprendida en su época, o en revolucionarios del pensamiento como Simone de Beauvoir³⁶, que rompió con las ideas convencionales sobre el ser y el deber ser. Todos ellos tuvieron que enfrentarse al mundo que los quería encerrar en una norma. Y la gran tragedia es que, en algún punto, dejamos de creer que podemos ser uno de ellos.

—Mira, joven Elías, observa por la ventana. Tantas personas que parecen vivas, pero solo corren detrás de un ideal, movidas por un instinto que no han aprendido a cuestionar. La necesidad inherente a la vida, el comer, el cumplir responsabilidades, en lugar de avivar su espíritu y expandir sus ansias de existencia, los ha sumido en una carrera de ratas de la que nunca escapan. Como en aquel experimento que describía *La carrera de las ratas*³⁷, se han convertido en prisioneros de un ciclo sin fin, donde trabajan para sostener una vida que nunca llegan a vivir realmente. Se ven

³⁶ Simone de Beauvoir, *El segundo sexo* (Madrid: Cátedra, 1999).

³⁷ Alfred Bester, *La carrera de las ratas*, trad. (Madrid: Gigamesh, 2006).

Aunque es conocida por el título de su novela *The Rat Race*, la frase se ha popularizado en contextos sociológicos.

obligados a sobrevivir, pero nunca se preguntan qué significa verdaderamente vivir. Son desconocedores de su propio potencial, prisioneros de normas que nunca establecieron, condenados por delitos que jamás cometieron. Y en esa condena, lo que muere no es solo su libertad, sino su capacidad de imaginar un mundo distinto.

El tomar conciencia de que hemos estado envueltos en esta maquinaria invisible nos ofrece una posibilidad única: la oportunidad de transformar nuestra existencia. No se trata solo de romper con las cadenas impuestas, sino de asumir que la vida no es una condena a la repetición mecánica, sino una invitación a la creación constante. Como plantean ciertos pensadores de la antropología filosófica, el ser humano no está destinado a quedar atrapado en su propia historia, sino a superarla. Solo cuando comprendemos que nuestra realidad puede ser reescrita, dejamos de padecer la vida y comenzamos, verdaderamente, a vivirla.

Elías sintió un nudo en la garganta. Recordó su infancia, cuando cada idea nueva le parecía una aventura, cuando cada pregunta era un universo en sí mismo. Pero ahora, atrapado en el día a día, apenas tenía tiempo para preguntarse nada. El anciano tenía razón: había sido domesticado por la rutina, por la necesidad de encajar.

—Entonces... —dijo con voz apenas audible—, si hemos sido moldeados para aceptar el mundo tal como es, ¿cómo podemos deshacernos de esas cadenas?

El anciano dejó escapar una leve sonrisa.

—No se trata de deshacernos de ellas —respondió—, sino de comprenderlas. No podemos escapar de la sociedad ni del tiempo en que vivimos, pero sí podemos aprender a mirar con otros

ojos. La verdadera revolución no es destruir el sistema, sino darnos cuenta de que, dentro de él, aún podemos ser libres. La pregunta es: ¿estás dispuesto a hacerlo?

Elías no respondió de inmediato. Sintió que su mente estaba en ebullición, que cada palabra del anciano lo empujaba más y más hacia un abismo de incertidumbre. Pero por primera vez en mucho tiempo, esa incertidumbre no le daba miedo.

El anciano bebió el último sorbo de su café y dejó la taza sobre la mesa con calma. Luego, con una mirada profunda y llena de significado, dijo:

—La vida no se trata solo de existir, Elías. Se trata de vivir conscientemente. Y eso implica atreverse a volver a soñar.

Elías contemplaba el reflejo de su rostro en la ventana. Su semblante era distinto al de unas horas atrás, aunque no podía precisar exactamente qué había cambiado. Se sentía como si una chispa dormida dentro de él hubiese sido encendida nuevamente. Se preguntó si, después de todo, sus sueños no estaban realmente muertos, sino solo adormecidos, esperando el momento adecuado para ser despertados.

El anciano pareció leer sus pensamientos y, con su voz pausada y firme, lo invitó a considerar una idea fundamental: los sueños no mueren, solo se esconden detrás de nuestras renuncias.

—Reanimar un sueño —dijo el anciano— no es solo recordarlo, es también tener el valor de enfrentarse a lo que nos hizo abandonarlo. Es comprender que la vida nos reta a cada instante y que, si no respondemos a ese desafío, nos convertimos en sombras de lo que podríamos haber

sido. Vivir con sentido no significa únicamente existir, sino atreverse a ver más allá de lo evidente, cuestionar lo impuesto, retar lo establecido y reconstruirse en cada momento. La osadía de soñar es la osadía de vivir.

Elías frunció el ceño. Su mente se llenó de imágenes de su infancia, de las veces en que se imaginó explorando el mundo, descubriendo nuevas formas de entender la realidad. Recordó cuando la filosofía no era solo un concepto académico, sino una forma natural de ver la vida. De niño, cada pregunta era un puente hacia lo desconocido, cada respuesta era el inicio de un nuevo cuestionamiento. Pero con el tiempo, se había sumido en la estructura impuesta por la sociedad: estudiar, trabajar, cumplir, sin preguntarse demasiado. Había dejado de vivir filosóficamente, había dejado de vivir con sentido.

—Nos han hecho creer que la filosofía es una disciplina muerta, confinada a libros y aulas —continuó el anciano—. Pero la verdad es que la filosofía es un modo de vida, un método para existir con plenitud. No es solo el estudio de conceptos, sino la práctica cotidiana de preguntarse qué significa vivir bien, qué significa ser libre, qué significa ser uno mismo. ¿Por qué hemos dejado que el mundo nos arrebatase ese derecho?

Elías sintió un escalofrío recorrer su espalda. Comprendió que lo que el anciano decía era cierto. Había permitido que el mundo le arrebatara su capacidad de asombro, su derecho a cuestionar, su impulso por explorar la vida desde la duda y la maravilla. Pero si la filosofía podía ser un método de vida, entonces aún estaba a tiempo de recuperarlo.

—Si queremos reanimar nuestros sueños —prosiguió el anciano— debemos atrevernos a pensarnos de nuevo, a reconstruirnos con cada experiencia. El mayor acto filosófico es el de

reinventarnos constantemente, el de no conformarnos con las respuestas dadas. Porque vivir una vida filosófica no significa saberlo todo, sino estar en una búsqueda perpetua de sentido. Y esa búsqueda, mi querido Elías, es lo que nos mantiene verdaderamente vivos.

Elías dejó escapar un suspiro. La vida, entendió en ese momento, no estaba definida por las circunstancias externas, sino por la manera en que decidimos enfrentarlas. Miró al anciano con renovada determinación y, por primera vez en mucho tiempo, sintió que tenía el poder de despertar sus sueños.

Pero justo cuando esa chispa interior comenzaba a encenderse, Elías sintió una presión extraña en el pecho. No era dolor, sino algo más sutil: una especie de vacío que se expandía por dentro, como si su cuerpo hubiera recordado de golpe que llevaba demasiado tiempo conteniéndose. Una urgencia lo invadió de repente, una necesidad casi física de respirar aire fresco, de salir del encierro tibio del café y enfrentarse al mundo exterior.

—¿Te parece si salimos un momento? —murmuró, levantándose con lentitud.

El anciano lo miró sin sorpresa, como si ya hubiese previsto ese instante. Elías empujó la puerta de cristal y sintió cómo el aire de la tarde le golpeaba el rostro con una suavidad que, paradójicamente, lo estremeció. En la terraza, el murmullo lejano de la ciudad parecía más tenue, como si la vida le concediera un breve respiro. Se sentó en una de las bancas de madera, cerró los ojos y aspiró profundamente, tratando de calmar esa inquietud que se agitaba en su interior. No sabía si era miedo, nostalgia o simple vértigo ante lo que estaba comenzando a entender. Pero sabía que algo dentro de él se había puesto en movimiento.

—¿Has visto alguna vez una rata corriendo en un laberinto? —preguntó de pronto, mirando hacia el horizonte que se perdía entre los edificios—. Corre, se esfuerza, acelera. Cree que va a alguna parte, pero en realidad gira en círculos, prisionera de un diseño que nunca construyó. Así vive la mayoría de los hombres hoy: agotados, automatizados, atrapados en una rutina que no eligieron. Eso, Elías, es una vida sin filosofía.

El joven lo miró en silencio, como si esas palabras le hubieran arañado el alma. El contraste entre el aire libre y lo que escuchaba era tan grande como el que había entre lo que sentía por dentro y lo que mostraba su rostro.

—¿Y cuál es la salida? —preguntó, casi con un susurro.

—Primero, hay que ver el laberinto —respondió el anciano—. La mayoría ni siquiera lo sospecha. Creen que sus carreras interminables por el ascenso, el éxito o la acumulación tienen algún sentido profundo. Viven inmersos en lo que Alfred Bester llamó *La carrera de las ratas*, un sistema cerrado donde se compite sin sentido, donde el único objetivo es llegar antes que el otro, sin detenerse a pensar si esa meta vale la pena.³⁸

El anciano guardó silencio por un momento, como si le pesaran las verdades que estaba a punto de revelar. Luego continuó, con una voz más grave:

—Despiertan con la alarma, corren al trabajo, llenan formularios, obedecen estructuras. Sus días son intercambiables, como hojas de un calendario sin fechas importantes. Comen lo

³⁸ Alfred Bester, *La carrera de las ratas*, 112.

mismo, ven lo mismo, piensan lo que otros piensan. No hay riesgo, no hay pasión, no hay preguntas. Solo repiten lo que se espera de ellos. Viven, Elías, pero no existen.

—¿Y la alegría? —interrumpió el joven—. ¿Dónde queda en todo eso?

—Ah... —sonrió con tristeza el filósofo—. La alegría muere cuando no hay asombro. Y el asombro solo nace cuando algo te invita a mirar más allá de lo inmediato. Una vida sin filosofía es como una habitación sin ventanas. El aire se acaba, la luz se apaga, el alma se marchita. No hay propósito, solo movimiento. No hay elevación, solo repetición.

Elías bajó la mirada, y en su gesto se adivinaba una tristeza nueva. Una intuición quizá: la de haber vivido demasiado tiempo sin preguntarse por qué hacía lo que hacía.

—Ese vacío superacional —continuó el anciano— es el gran mal de este tiempo. Se actúa por actuar, se vive por inercia. Y cuando no hay metas verdaderas, la vida se convierte en un ritual absurdo. El trabajo ya no edifica, solo consume. El descanso no restaura, solo entretiene. Y el futuro no ilusiona, solo amenaza. Lo terrible no es fracasar, Elías. Lo terrible es triunfar en algo que no tiene valor.

La terraza del café no era solo un espacio al aire libre; era un umbral entre mundos. Había mesas de hierro forjado con formas que parecían garabateadas por algún niño divino, copas a medio vaciar, ceniceros con colillas aún tibias y conversaciones suspendidas como insectos atrapados en ámbar. Desde allí se podía ver la calle, sí, pero también algo más: el desfile inconsciente de una ciudad que fingía vivir mientras se desmoronaba en rutinas sin alma. El caos estaba domesticado con jazz de fondo y manteles limpios. Como si la lucidez se evitara a fuerza de buen café.

Y fue allí, en esa terraza, donde el tiempo se quebró como un vaso mal lavado.

Elías salió buscando aire, pero lo que encontró fue otra densidad del tiempo. Todo se ralentizó. El aleteo de una mariposa parecía un susurro de seda. Sintió, como si lo estuvieran tatuando desde dentro, el paso de una abeja cerca de su oído. Los murmullos se estiraban, como ecos que llegaban tarde. Hasta el vapor que salía de una taza vecina parecía levitar con indecisión.

El mundo se le revelaba sin filtros. Pudo ver las grietas en la sonrisa de un camarero. El temblor apenas visible de una mano que llevaba una bandeja. El beso incómodo de una pareja que ya no se deseaba. Todo eso, percibido en segundos que se le antojaban eternos. Elías entendió que no estaba “fuera” del tiempo; estaba atrapado en una forma de tiempo que nadie más parecía habitar.

Elías dejó de ser solo un hombre: fue presencia pura, un *Dasein* despojado de artificios. Recordó una frase que alguna vez subrayó en *Ser y tiempo*, como si ahora la escuchara desde dentro:

“La temporalidad constituye el ser del *Dasein* en cuanto tal”.³⁹

Y en ese ser-tiempo, Elías no solo respiraba: *era* respiración. Cada célula suya parecía absorber el mundo con una intensidad insoportable.

Fue entonces cuando notó algo: un hombre sentado solo en una esquina, que lo miraba con la calma implacable de quien sabe demasiado. No estaba en el café minutos atrás. No lo había visto

³⁹ Martin Heidegger, *Ser y tiempo*, (Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2003), 314.

entrar. Y, sin embargo, ahí estaba. Impecable, de sombrero oscuro y mirada oblicua, como salido de un recuerdo que Elías no sabía que tenía.

La terraza, que antes era solo un refugio, se convirtió en un escenario. ¿Quién lo observaba? ¿Y por qué? ¿Era real o parte de esa lucidez febril que le había arrancado la realidad como un vendaje?

Allí, entre la lucidez radical y la sospecha de estar soñando, Elías comprendió algo perturbador: no todos los que lo rodeaban estaban despiertos. Algunos solo imitaban la vigilia.

El hombre del sombrero oscuro no parpadeaba. Tenía las manos cruzadas sobre la mesa como si aguardara una conversación que ya conocía de memoria. Vestía como alguien que alguna vez aspiró al éxito, pero sin convicción: chaqueta bien planchada, reloj reluciente, zapatos pulidos, todo demasiado correcto. Demasiado muerto.

Elías lo miró fijamente. No era solo que ese rostro le resultara familiar; era que lo sentía en los huesos. Una nostalgia amarga lo atravesó como una corriente eléctrica. Era él. O, más bien, el eco de él mismo: el Elías que había aceptado los moldes sin rechistar, el que dijo que sí por no incomodar, el que había renunciado a sus preguntas por el sueldo fijo y las respuestas prehechas.

El hombre levantó una ceja, como si reconociera en Elías ese temblor que antecede a las decisiones irrevocables.

—¿A dónde crees que vas? —le dijo sin mover los labios, o tal vez fue el pensamiento el que resonó directo en su mente.

Elías tragó saliva. Su garganta era un túnel seco. El aire le sabía a papel quemado. Intentó apartar la mirada, pero no pudo. Aquel otro yo no lo miraba con furia, sino con algo peor: con lástima.

—Nadie escapa del hábito sin pagar un precio —dijo el hombre—. ¿Qué harás sin tu rutina, sin tus certezas? ¿Quién serás sin tus nombres aprendidos, sin tus títulos colgados en la pared?

Elías no respondió. Solo entonces notó que el hombre tenía una sombra extraña: no caía hacia un lado, sino que se proyectaba directamente hacia él. Como si no estuviera ocupando un lugar en el mundo, sino arrebatándole el suyo.

—¿Y si fallas? —añadió el hombre—. ¿Y si no encuentras nada del otro lado? ¿Y si todo esto no es más que una ilusión de libertad?

Las palabras se deshacían en el aire como humo, pero quedaban tatuadas en su pecho.

Entonces, ocurrió algo leve pero definitivo: una brisa rozó su rostro con tal dulzura que pareció una caricia. Y en ese roce sintió que algo en él —un viejo miedo, un cansancio antiguo, una obediencia ciega— comenzaba a resquebrajarse.

El hombre del sombrero pareció darse cuenta. Bajó la mirada, por primera vez. Y en ese gesto, Elías supo que había ganado.

Sin necesidad de decirlo, comprendió que aquel hombre no volvería a seguirlo. Era la última vez que lo vería. No porque hubiese muerto, sino porque ya no tendría a dónde ir. Se quedaría allí, en la terraza del café, mirando hacia el pasado, mientras Elías, el verdadero, daba el primer paso hacia sí mismo.

Mientras el hombre del sombrero bajaba la mirada, como cediendo el paso a una fuerza mayor, una imagen antigua emergió desde lo más profundo de Elías. No fue un recuerdo, fue un sobresalto del alma. Una tarde espesa, en una casa de paredes descascaradas, donde la luz entraba torcida por una cortina mal colgada.

Estaba sentado en el piso, con una libreta en las piernas. Dibujaba mundos imposibles: ciudades flotantes, árboles que hablaban, puertas que llevaban al cielo. Soñaba en papel porque el mundo real le quedaba estrecho.

—¿Otra vez con esas bobadas? —le había dicho su tío, un hombre con manos como ladrillos—. El que nació pa' escoba no puede ser trapero. Deje de pensar pendejadas y ayude a cargar esos bultos. Aquí nadie come de dibujitos ni de sueños. Uno tiene que aguantar la vida como venga.

Su tía había asentido desde la cocina, sin mirarlo siquiera. Y su madre, con los ojos bajos, no dijo nada. Ese silencio fue el peor de todos.

Aquel día algo se apagó en él. Guardó la libreta, dejó de dibujar. Empezó a aprender a ser útil, a hablar poco, a soñar en voz baja para no molestar. Fue el principio del adiestramiento. El inicio de la jaula.

Ahora, parado frente a aquel doble sin alma, Elías sintió que ese niño adentro de él —el de los dibujos y los mundos flotantes— alzaba otra vez la mano. No para pedir permiso, sino para señalar la puerta.

—¿Y si todo esto no es más que una ilusión de libertad? —repitió el hombre del sombrero, como un eco tardío.

—Entonces prefiero vivir en esa ilusión —susurró Elías.

Y en ese instante, como si el universo quisiera sellar el momento, una mariposa se posó sobre la taza de café vacía. Su aleteo fue tan nítido, tan agudo, que Elías creyó sentirlo dentro del pecho. El tiempo se ralentizó. Todo fue brisa, aroma, luz. **“El ser de este ente es cada vez mío”**⁴⁰, resonó la frase leída tiempo atrás en *Ser y tiempo*. Y por primera vez, Elías sintió que se pertenecía.

El hombre del sombrero se desdibujó. No de golpe, sino como se desdibuja un recuerdo que ha sido comprendido. Como una sombra que ya no tiene cuerpo al cual aferrarse.

Elías volvió a mirar el mundo con ojos nuevos. Ya no era rehén de aquel pasado. Era su tiempo, su ser, su camino.

Y el niño dentro de él volvió a dibujar.

⁴⁰ Heidegger, *Ser y tiempo*, 51.

CAPÍTULO III – El viaje de Elías y la *Kenosis* de los Sueños

La filosofía nació del asombro. No del método, ni de la exactitud, ni del formato académico. Nació del temblor ante lo desconocido, de la incomodidad frente a lo dado, de la rabia ante la injusticia de vivir sin saber por qué se vive. Fue un acto de osadía, no una fórmula de orden. Sin embargo, hoy, como hemos venido repitiendo —con cierto tono de sarcasmo y de duelo filosófico— la filosofía ha sido domesticada. Ahora debe justificarse, referenciarse, validar sus preguntas antes de atreverse siquiera a formularlas. Hoy hay que pedir permiso para pensar. Y ese es, tal vez, el síntoma más grave de nuestra época: que el pensar se haya convertido en una acción regulada por el miedo al error.

Sé que insisto. Sé que repito. Y no es por descuido, sino por necesidad. Esta repetición es mi forma de agrietar el muro. Porque hay cosas que necesitan decirse muchas veces, no por falta de claridad, sino porque han sido tantas veces olvidadas que ya no duelen. Y si la filosofía ha sido relegada al polvo de las bibliotecas y al encierro de los claustros, yo quiero, desde este texto, devolverla al bar, al bus, a la cama, a la infancia, a los rincones donde verdaderamente se juega la vida.

Mi propuesta es atrevida. Lo sé. He elegido contar una historia, la de Elías y su encuentro con un anciano filósofo, para hablar de las cosas más profundas, pero de la forma más sencilla. No quiero que este texto sea leído solo por filósofos de academia, sino también por aquellos que un día dijeron que la filosofía era inútil, que no servía para vivir, que era solo para quienes tenían tiempo libre. A ellos me dirijo especialmente. Porque esta historia, aunque vestida de metáforas y silencios, es una invitación: a vivir filosóficamente sin saber que se está filosofando. A descubrir

que cuestionarse, soñar, resistir, también es pensar. Y que pensar es, en el fondo, aprender a vivir mejor.

Ya a esta altura del texto, espero que te des cuenta —lector, profesor, asesor, curioso— que esto no es simplemente un trabajo de grado. Es más: mientras escribo estas líneas, no estoy seguro de si esto servirá para graduarme, si cumplirá con las normas *Chicago*, *APA* o si alguna rúbrica académica podrá contener lo que aquí intento decir. No sé si las citas filosóficas han sido interpretadas bajo los estándares del exégeta ni si este manifiesto será acusado de flotar entre la erudición idealista y la herejía literaria.

No quiero escribir un texto para cumplir. No me interesa producir otro documento que quede arrumbado en las estanterías de mi querida universidad, como tantos otros trabajos condenados al olvido. Prefiero, si acaso, llamar la atención. Prefiero ser recordado como el párvulo que osó balbucear filosofía sin armaduras conceptuales, como el neófito que, en vez de citar con precisión, quiso escribir con alma. ¿O acaso no es eso también filosofar?

Porque si hay algo más triste que no entender a los grandes filósofos, es fingir entenderlos y seguir viviendo como si nada. Yo prefiero equivocarme con vida antes que acertar en la rigidez de una tesis vacía. Prefiero la desobediencia creativa a la obediencia bien redactada. Porque si la filosofía no tiene lugar en la vida, entonces es ella la que está muerta. Pero si aún vibra en las venas de los que dudan, de los que sueñan, de los que escriben, aunque tiemblen, entonces aún hay esperanza. Y este texto, en su atrevimiento, se atreve a decirlo: no se puede pensar de verdad sin arriesgarse a vivir distinto.

Pero este capítulo, como todo este escrito, no pedirá permisos. No rendirá cuentas a la ortodoxia del pensamiento domesticado. Porque lo que está en juego no es un argumento, sino una vida. O muchas vidas. Vidas que han sido trituradas por la rutina, por la necesidad, por el deber impuesto. Vidas que dejaron de pensarse, que dejaron de soñarse, que abandonaron la posibilidad de interrogarse para dedicarse únicamente a sobrevivirse.

Me adhiero, sin dudarlo, al espíritu revolucionario de aquellos filósofos que no se conformaron con pensar desde el mármol de los salones académicos, sino que pensaron desde la herida, desde la angustia, desde el caos humano. Me sumo a la rebeldía de Nietzsche, al vitalismo de Ortega y Gasset, a la intuición espiritual de Scheler, al existencialismo insomne de Heidegger, a la mirada narrativa de Ricoeur y al simbolismo de Cassirer. Me uno a ellos no como discípulo erudito, sino como un peregrino del pensamiento que, como ellos, quiere darle sentido a su propia vida. Porque si la filosofía no nos transforma, si no nos empuja a ser otros, entonces no es filosofía: es ornamento.

Max Scheler lo advertía con claridad que, el ser humano no es un ser acabado, es una criatura abierta al mundo, un proyecto que debe decidirse en cada acto.⁴¹ Pero eso exige una conciencia viva, una apertura que la inercia del sistema se encarga de clausurar. Quien vive sin preguntarse quién es, no se ha vivido aún. Esa frase, que puede parecer una sentencia filosófica abstracta, se vuelve carne cuando la vemos encarnada en Elías, el joven de nuestra historia, quien nos ha mostrado que una vida conducida mecánicamente, sin reflexión, sin cuestionamiento, termina siendo una existencia desprovista de sentido.

⁴¹ Max Scheler, *El puesto del hombre en el cosmos* (Madrid: Caparrós, 1994), 72.

No lo decimos como una teoría más para engrosar las páginas del pensamiento, sino como una verdad que muchos —Elías, yo, tú, cualquiera de nosotros— hemos descubierto de la forma más contundente posible: a través de la experiencia. Porque nadie nos tuvo que explicar qué es el vacío; lo hemos sentido. Nadie nos enseñó a distinguir entre estar vivos y estar despiertos; lo aprendimos cuando el automatismo nos dejó exhaustos. La experiencia nos ha gritado que vivir sin filosofía es caminar sin rumbo, repetir sin entender, respirar sin habitar el aire, es ahí donde Scheler nos lanza el reto: ¿vas a vivir por repetición o vas a convertir tu existencia en un acto elegido? Esta pregunta no puede ser respondida con conceptos; se responde con decisiones. Y por eso, esta historia —lejos de los tratados y las academias— propone algo más peligroso y real: vivir como si pensar importara, como si soñar fuera urgente, como si la vida no pudiera seguir siendo una copia sin alma.

Arnold Gehlen nos recordó que el ser humano es un ser inestable, biológicamente frágil, que necesita instituciones para sobrevivir.⁴² Pero lo que empieza como protección acaba por convertirse en prisión. Las instituciones, las costumbres, los sistemas... no están mal por sí mismos. El problema surge cuando reemplazan la pregunta por la costumbre, el deseo por la función, el sentido por el rol. Cuando la vida se convierte en obediencia muda, en un ritual de automatismos donde ya no hay lugar para la conciencia ni para la crítica.

Y para los que exigen fundamento, sigamos citando. Porque también lo dijo Einstein: “La mente es como un paracaídas, solo funciona si se abre”.⁴³ Simone Weil nos advirtió que “la atención absoluta es oración”⁴⁴, y nos recordó que la obediencia sin reflexión es la mayor forma

⁴² Arnold Gehlen, *El hombre. Su naturaleza y su lugar en el mundo* (Madrid: Alianza, 1986), 45.

⁴³ Albert Einstein, *The Ultimate Quotable Einstein*, (Princeton: Princeton University Press, 2011), 472.

⁴⁴ Simone Weil, *Espera de Dios*, (Madrid: Trotta, 2001), 112.

de esclavitud moderna. Kierkegaard gritó, entre la fe y la angustia, que el mayor pecado de la humanidad era no querer ser uno mismo.⁴⁵ Chesterton propuso que lo verdaderamente revolucionario era conservar la capacidad de asombro. Hannah Arendt se negó a aceptar que el mal fuera banal sin antes cuestionar cada estructura que lo permitía. Y Jesús de Nazaret, con una radicalidad que incomoda hasta hoy, rompió cada convención para recordarnos que la vida no es obedecer, sino amar.

Todos ellos, desde sus distintos credos y trincheras, coincidieron en algo: que vivir sin pensar es la antesala de la muerte espiritual.

Así que sí, lector. Sigamos citando lo innecesariamente fundamentable. No porque necesitemos validación, sino porque el eco de esas voces —tan distintas, tan grandes, tan humanas— nos recuerda que lo que estamos intentando hacer aquí tiene sentido. Y porque, en el fondo, todo manifiesto es eso: una revuelta contra el olvido, un susurro que no quiere dejarse silenciar.

Y ahí es donde se levanta la voz de Ortega y Gasset, con su advertencia vital: “Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella, no me salvo yo”.⁴⁶ La existencia no es pasiva. La existencia se elige. Y en esa elección estamos solos. No importa cuántos manuales, maestros o dogmas nos rodeen. Somos responsables de lo que no cuestionamos. No cuestionar es entregarse. Y cuando nos entregamos al engranaje sin sospecha, nos volvemos piezas de una maquinaria que no pide opinión, solo funcionamiento.

⁴⁵ Soren Kierkegaard, *La enfermedad mortal*, (Madrid: Trotta, 2010), 49.

⁴⁶ José Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote* (Madrid: Revista de Occidente, 1914), 86.

Ahí comienza lo que Alfred Bester describió crudamente como la carrera de las ratas: esa condición en la que el humano corre y corre, creyendo que avanza, mientras gira en un laberinto que no diseñó y al que nunca le cuestionó la salida. Una vida que se consume sin dirección, acumulando pasos sin llegar a ningún sitio. Sin conciencia, sin ruptura, sin salto. Nos volvemos cuerpos en movimiento sin alma, sin respiración propia, sin meta más allá del agotamiento. Y lo más desgarrador no es la velocidad, sino la resignación. Porque el que no se interroga, termina creyendo que nacer, crecer, obedecer y morir es el único camino posible. Como una máquina que no piensa, que solo aguarda su desgaste final, su oxidación definitiva. Por eso este manifiesto no pide que se detenga el mundo. Pide que se lo mire. Porque mirar ya es un acto de revolución. Porque quien ve, puede elegir. Y quien elige, puede cambiar su destino.

Este capítulo no hablará de fórmulas para alcanzar la felicidad. No esperes aquí un decálogo para el éxito ni una receta infalible para la plenitud. No trataremos la vida como si fuera un problema a resolver, sino como un fuego que debe mantenerse encendido, aunque a veces apenas chispee bajo las cenizas del deber cotidiano. Porque cuando Nietzsche habló de la voluntad de poder, no hablaba del dominio sobre los otros, sino del poder sobre uno mismo: el poder de sobreponerse al hábito, de destruir la mentira interior, de rebelarse contra el “deber ser” que nunca cuestionamos. El poder de soñar con fuerza.⁴⁷

Y sí, lector, hablo de soñar. Aunque eso suene ingenuo, romántico o filosóficamente sospechoso, como si soñar fuera cosa de poetas sin tesis. Pero es que Elías ya ha comenzado a soñar nuevamente. Se lo nota en la forma en que respira, en cómo mira, en cómo empieza a sospechar que puede haber más de lo que se ve. Y si él puede, nosotros también.

⁴⁷ Friedrich Nietzsche, *Así habló Zaratustra* (Madrid: Alianza Editorial, 2005), 56.

Porque todos tenemos derecho —y casi la obligación moral— de mirar la vida y desafiarla. De sospechar que lo que se nos ha dado como único no es más que una posibilidad mal narrada. Pero antes de soñar con fuerzas titánicas, antes de querer retar al mundo con un manifiesto en llamas, hay una pregunta que no puede ser eludida. Es la pregunta que ha estado agazapada en cada página de este texto, que susurra en cada línea, esperando ser nombrada. Y es la que dará inicio al verdadero combate filosófico de este capítulo. ¿Te atreves a enfrentarla?

En esta cruzada contra la vida automatizada, hay una voz que resuena como un eco firme entre los escombros del sufrimiento humano: Viktor Frankl. En tiempos donde todo se vende como solución rápida —desde la motivación exprés hasta la espiritualidad de microondas—, sus palabras se alzan como una bofetada necesaria. Porque no estamos hablando de poesía existencial, sino de carne viva: de campos de concentración, muerte y dolor, en últimas, de sentido.

Viktor Frankl, sobreviviente de lo inimaginable, escribió que “el que tiene un porqué, puede soportar cualquier cómo”.⁴⁸ Y no lo dijo como una metáfora inspiradora. Lo dijo como alguien que atravesó el infierno con los ojos abiertos, como quien ha visto a los hombres morir de desesperanza más que de hambre. Ese “por qué” no se entrega: se construye. Se inventa. Se defiende. Se sueña. Y a veces, hay que escarbar entre ruinas para encontrarlo. Porque el sentido no es una garantía de la existencia: es una conquista.

Y esa conquista no está reservada para los sabios ni los iluminados. Está al alcance del que se atreve a preguntarse por qué está aquí. En su libro *El hombre en busca de sentido*, Frankl no ofreció un consuelo místico, sino una provocación existencial: si no puedes cambiar tu realidad,

⁴⁸ Frankl, *El hombre en busca de sentido*, 108.

cambia la actitud con la que la enfrentas. Por qué no se hereda, se crea. Y quien no lo busca, ya ha renunciado a sí mismo.

Una vida sin por qué es una vida sin dirección. Es una carrera sin meta, una rutina sin alma. Es un corazón que late solo porque no sabe hacer otra cosa. ¿Y no es eso lo que nos ocurre cuando aceptamos sin crítica el guion que otros escribieron para nosotros? Nos convertimos en actores de una obra sin dramaturgo, repitiendo líneas vacías hasta que el telón cae. Así que no se trata solo de preguntarse “¿por qué?”, sino de atreverse a construir la respuesta. Porque si no hay sentido, todo esfuerzo se vuelve castigo. Pero cuando hay sentido, incluso el sufrimiento se convierte en testimonio. Y ese, lector, es el acto más radical de resistencia: soñar con un sentido cuando el mundo te obliga a olvidarlo.

Admito, con algo de sarcasmo y mucha intencionalidad, que quizás este manifiesto ya se ha extendido más de lo prudente antes de retomar la historia de nuestro querido Elías. Tal vez parezca monótono para algunos, tal vez cansón para los que buscan estructura y no latido. Pero si me detengo a justificar, es porque esta justificación es en sí misma una provocación. Estoy cumpliendo, sí, con la famosa y reverenciada validez argumentativa que tanto exigen los protocolos académicos. No por capricho, ni por sumisión, sino para dejar claro —de una vez y para siempre— que ni por ser yo, ni por ser filosofía, estamos exentos del ejercicio de pensar con rigor.

Lo que aquí se expone va más allá del cumplimento: es una insistencia sobre algo más profundo. Porque lo que queremos no es solo argumentar, sino recordar que estas preguntas no son propiedad de la academia, ni privilegio de los sabios. Son cuestiones esenciales que giran, como planetas invisibles, en el entorno emocional e intelectual de todo ser viviente. Preguntas que

no duermen, que no se archivan. Preguntas que laten en la calle, en la cama, en la oficina, en el insomnio, en el suspiro de quien mira el techo de madrugada y se pregunta si todo esto —esto de vivir— tiene algún sentido. Y si esto es así, entonces vale la pena detenernos. Vale la pena resistir con palabras. Y sí, incluso vale la pena ser reiterativo, si con ello encendemos una chispa.

Antes de continuar, conviene recordar que lo que aquí se dice no brota de un impulso improvisado ni de una intuición caprichosa. Estas ideas, aunque revestidas con el ropaje provocador del manifiesto, han sido también objeto de reflexión sistemática, rigurosa y profunda por parte de algunas de las mentes más inquietas del pensamiento occidental. No estamos solos en esta sospecha que nos corroe, en esta incomodidad que nos empuja a cuestionar la forma en que vivimos. Este manifiesto no es otra cosa que un eco más —atrevido, sí; informal, quizás; pero comprometido— de un debate que lleva siglos ocurriendo en la filosofía, Heidegger por su parte, no nos ahorró incomodidades cuando nos recordó que el *Dasein* vive atrapado en la cotidianidad inauténtica, en el “uno” impersonal que lo empuja a vivir como los otros, a hacer lo que todos hacen, a nunca preguntarse si esa forma de existir es, en verdad, vida.⁴⁹ Y es ahí, justo ahí, donde esta historia insiste: en que el hombre aún puede despertarse. Aún puede mirar su circunstancia, nombrarla, quebrarla.

Evocando a Paul Ricoeur, este nos recuerda que no somos sujetos antes del relato, sino a través de él.⁵⁰ Y si esto es así, si nuestra identidad se teje en cada palabra que pronunciamos sobre nosotros mismos, entonces escribir, narrar, pensar y vivir filosóficamente es el más alto acto de reconstrucción posible.

⁴⁹ Heidegger, *Ser y tiempo*, §27–38.

⁵⁰ Paul Ricoeur, *Sí mismo como otro* (Madrid: Trotta, 2003), 146.

Así que, lector —intelectual de café o caminante del día a día— te ofrezco una tregua: esta será, al menos por ahora, la última cita de esta etapa introductoria. No porque no haya más que decir, sino porque podría continuar citando casi infinitamente. Porque el lenguaje ya viene cargado de historia, de pensamiento, de ecos que no necesitan permiso para resonar. Cada palabra que decimos ya es, de algún modo, una argumentación que arrastra siglos de humanidad. Esta historia, la de Elías, no es solo una ficción filosófica: es una excusa para devolver la filosofía al cuerpo. Y si has llegado hasta aquí, quizás ya intuyas que cada argumento no ha sido para adornar la historia, sino para abrirte a ella. Así que respira, acomódate, que lo que sigue no se razona: se vive.

Este capítulo será incómodo. Será una herida abierta para quienes han aprendido a vivir sin preguntarse nada. No vamos a ofrecer respuestas. Vamos a volver a la raíz de las preguntas. Vamos a tomar el lenguaje y a forzarlo hasta que diga algo verdadero. Vamos a escarbar debajo de las costumbres. Vamos a volver a imaginar lo que nunca debimos dejar de imaginar: que la vida es un acto que exige creación constante.

Y si este escrito no logra convencerte, al menos que logre incomodarte. Porque la incomodidad es el primer síntoma de que aún no estás completamente muerto.

El regreso del sueño: entre la voluntad y el vértigo

Elías bajó las escaleras del café como quien desciende de un altar. Cada peldaño parecía exigirle un tributo, como si al tocar el suelo del mundo tuviera que renunciar a la claridad alcanzada en aquella terraza suspendida en el tiempo. Pero no bajó vencido. No esta vez.

Al salir, la ciudad no había cambiado, pero él sí. Ya no veía autos, vitrinas, rostros y anuncios. Veía símbolos. Mensajes encubiertos en lo cotidiano. En la sonrisa postiza de un vendedor, en la mirada perdida de una mujer con su hijo dormido en brazos, en el paso automático del oficinista con traje de náufrago.

Cada paso que daba le recordaba que vivir sin sentido era una forma elegante del suicidio. Y él no estaba dispuesto a seguir muriendo por partes. Había decidido, aunque no supiera aún cómo se hacía eso: vivir.

—El primer paso para recuperar el sueño es comprometerse con él —le había dicho el anciano antes de que bajara—. No basta con recordarlo. Hay que serle fiel. Aunque tiemble. Aunque no dé garantías.

Y ahora lo entendía. Soñar no es desear. Es resistir. Es volver a levantar la voz, aunque todos estén en silencio. Es retar al mundo con la valentía de una infancia que no ha sido asesinada del todo.

Pensó en Nietzsche. No en el Zarathustra grandilocuente, sino en el enfermo que escribía entre vómitos y delirios. Pensó en Kierkegaard escribiendo bajo seudónimos para que nadie lo acusara de ser él mismo. Pensó en Camus, en su terquedad por afirmar la vida incluso cuando todo parecía absurdo. Pensó, también, en el niño que fue, ese que alguna vez dibujó ciudades imposibles. Y supo, con la certeza inexplicable que tienen los instantes verdaderos, que ese niño no había muerto: estaba esperando su turno.

Elías se detuvo frente a una pared grafitada. En letras torcidas, alguien había escrito: “*El mundo no será destruido por los malos, sino por los que miran y no hacen nada.*” —frase célebre

de Albert Einstein-, después de leer, Elías sonrió. Por primera vez, entendía lo que significaba hacer algo: no cambiar el mundo de golpe, sino atreverse a cambiar la mirada con la que se lo habita.

Siguió caminando. Ya no se trataba de teorías, ni de citas, ni de bibliografías exigidas. Se trataba de estar despierto. De vivir, como decía celebrenmente Viktor Frankl, “*como si el sentido estuviera escondido en el próximo paso*”. Y mientras caminaba, supo que el camino que se abre al soñador no siempre es claro, pero siempre es suyo. Esa era la verdadera libertad. Elías sintió, como si le atravesara el pecho, una presencia silenciosa. No era una voz. No era una revelación. Era la certeza de haber descendido lo suficiente como para dejar de caer.

Había vivido una *kenosis*. No en el sentido teológico exacto, aunque la imagen le servía: un vaciamiento, un despojo. De opiniones heredadas. De creencias automáticas. De miedos disfrazados de prudencia. Se había desnudado ante sí mismo, y lo que encontró no fue una verdad absoluta, sino un espacio en blanco: un lugar donde empezar de nuevo. Comprendió, sin necesidad de palabras, lo que los místicos y los filósofos habían intuido desde distintos lenguajes: que para ver, hay que vaciarse; que para ser, hay que dejar de pretender ser algo.

Y ahí estaba él. No un nuevo Elías, sino un Elías más verdadero. Uno que no buscaba definirse por lo que sabía o por lo que poseía, sino por la intensidad con la que estaba dispuesto a vivir. Había perdido muchas cosas: seguridades, etiquetas, metas ajenas. Pero lo que ganó no podía medirse: un sentido. No como una idea abstracta, sino como una llama.

El mundo seguía siendo el mismo, pero Elías ya no era su rehén. Caminaba más ligero. Cada pensamiento que venía a su mente era una promesa, no una condena. Las preguntas ya no lo

atormentaban, lo acompañaban. Porque había entendido que lo importante no era tener todas las respuestas, sino no dejar de preguntar con honestidad. El verdadero descenso, comprendió, no es hacia la oscuridad, sino hacia uno mismo. Y si uno no desciende, si uno no se rompe, no puede saber qué parte de sí está hecha de sueño y qué parte de costumbre.

Sintió una sonrisa nacer en su rostro. No era euforia. Era alivio. Un tipo de paz que no huye de la angustia, sino que la abraza para mirarla a los ojos. Y por primera vez en años, Elías dejó de buscar sentido. Porque se dio cuenta de que el sentido no se busca, se encarna. Se construye al andar. Se elige al despertar. Elías abrió los ojos. No porque los hubiese tenido cerrados, sino porque ahora veía.

La ciudad —esa misma que tantas veces había cruzado con prisa o indiferencia— se le revelaba como un cuerpo palpitante. Nada era igual. Ni el ruido. Ni el humo. Ni el gris de las paredes. Todo tenía textura, vibración, símbolo. Como si la realidad, al notar que alguien por fin la miraba, hubiera decidido mostrarse desnuda.

Las personas ya no eran figuras en tránsito. Eran universos que hablaban con los ojos, que respiraban historias no dichas. El niño con los zapatos rotos y el helado derretido, la anciana que vendía flores marchitas en la esquina, el hombre que gritaba a un celular como si el mundo se le escapara por la garganta... cada uno era parte de una sinfonía absurda y, sin embargo, profunda. Y Elías —ese Elías recién nacido desde el abismo de su propia *kenosis*— ya no podía ignorarlos.

Caminó sin rumbo, pero con sentido. Que no es lo mismo. Antes, cada paso era una función. Ahora, cada paso era un gesto de conciencia. El suelo no era solo cemento: era el testigo de su paso, de su presencia, de su estar en el mundo. Y entonces lo sintió: el tiempo. No como lo miden

los relojes, sino como lo vive quien ha despertado. Un tiempo denso, vibrante, pleno. Como si los segundos hubieran dejado de correr y empezaran a expandirse. Heidegger tendría razón, pensó: el ser solo se despliega cuando se hace cargo de su existencia.⁵¹

Se detuvo frente a un mural callejero. Representaba a un hombre encorvado, de espaldas al cielo, con una llave colgando del cuello. Debajo, una frase escrita en tiza decía: “El encierro más cruel es aquel que no sabe que tiene puertas”.⁵² Elías acarició esa frase con la mirada. Ya no necesitaba más explicación. Lo había entendido todo.

La vida no se trataba de escapar del sistema, ni de exiliarse en montañas para pensar. Se trataba de estar en el mundo sin dejarse arrastrar por su inercia. De habitar la ciudad, el trabajo, la rutina, sin olvidar que uno puede elegir la mirada con la que observa todo. Porque el mundo puede ser una cárcel o un templo, y lo único que lo diferencia es el sentido que uno le ponga al paso. Ese día, Elías no cambió de trabajo, no escribió un manifiesto, no fundó una revolución. Pero algo — lo esencial— había cambiado. Él ya no era un fugitivo de sus sueños. Era su habitante.

Y eso era más que suficiente para empezar.

Encuentro en el reflejo

Elías no sabía por qué sus pasos lo llevaban de vuelta al café. Ni siquiera estaba seguro de estar caminando. Era como si el aire lo arrastrara, como si la ciudad misma, compasiva o cómplice,

⁵¹ Heidegger, *Ser y tiempo*, 41–45.

⁵² Frase anónima recogida en un mural callejero, incorporada como símbolo narrativo en el desarrollo ficcional del texto.

lo empujara suavemente hacia aquel lugar donde todo había comenzado. Pero esta vez no entró por la puerta.

La encontró abierta, como si lo hubiese estado esperando, pero ya no era el mismo café. O sí lo era... solo que algo había cambiado. El espacio parecía flotar. Las sillas ya no tocaban el suelo; las lámparas colgaban de un cielo que no existía. Las paredes respiraban con la cadencia de un sueño. En una de las mesas, el anciano estaba sentado, bebiendo algo que parecía humo líquido, contenido en una taza sin fondo.

—Te dije que regresarías —dijo sin mirar—. Todos los que despiertan, vuelven.

Elías no se sentó de inmediato. Tenía la sensación de estar entrando en sí mismo, como si aquel lugar fuera una habitación secreta de su conciencia. Miró al anciano y, por primera vez, no lo vio viejo. Lo vio eterno. Como si llevara puesto un rostro prestado, pero su esencia no conociera el tiempo.

—¿Qué has encontrado allá afuera? —preguntó el anciano.

Elías abrió la boca, pero no supo qué decir. ¿Cómo explicar que el mundo es el mismo pero distinto? ¿Cómo traducir el vértigo de habitar una existencia con sentido? Sus ojos se humedecieron.

—Creo... creo que entendí —balbuceó—. No se trataba de ir más lejos, sino de ir más profundo. De mirar sin los velos. De volver a sentir el fuego en las cosas simples... como si el alma tuviera tacto.

El anciano asintió con lentitud. Luego dejó su taza en el aire —porque ya no había mesa— y sonrió con una ternura que dolía.

—Has descendido —dijo—. Y por eso has subido. La kenosis, muchacho. El vaciamiento. Tenías que perderlo todo para recuperar lo único que importa: el sentido de estar vivo.

Elías se sentó. No en una silla, sino en una raíz que brotaba del suelo, como si el café hubiese decidido florecer bajo sus pies. Las palabras del anciano eran más que sonidos: eran memoria. Eran un eco de algo que siempre había sabido, pero nunca se había atrevido a decirse.

—Y los sueños... —empezó a preguntar, pero el anciano lo interrumpió.

—Los sueños no se cumplen, Elías. Se viven. No son metas, son caminos. Son los signos que dejamos para no extraviarnos en la lógica del mundo.

Y entonces ocurrió. El techo del café desapareció. Y sobre ellos se abrió un cielo estrellado, pero no un cielo cualquiera: un firmamento tejido con escenas de la vida de Elías. Su infancia riendo con los bolsillos vacíos. Su adolescencia escribiendo mundos imposibles en libretas olvidadas. Sus fracasos. Sus pérdidas. Sus sueños rotos y reconstruidos. Todo flotaba allí arriba, como constelaciones íntimas.

—Míralos —dijo el anciano—. No son ilusiones. Son tus raíces. Tu cielo personal. Tu mapa.

Elías lloró. No de tristeza. De presencia. De gratitud. Porque en ese instante comprendió que no había nacido para sobrevivir, ni para encajar. Había nacido para esto: para sentir, para pensar, para amar, para crear, para vivir con la dignidad de quien sabe por qué respira.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

El anciano se levantó. Sus pies no tocaban el suelo.

—Ahora, Elías... ahora ve y sueña con los ojos abiertos. Vive con tanta fuerza que tu vida sea el argumento más hermoso que pueda ofrecer la filosofía.

El café se deshizo como humo. El anciano desapareció. Elías quedó solo, pero más acompañado que nunca. Afuera, el mundo esperaba. Y él estaba listo.

El café se desvaneció sin despedidas, como si nunca hubiese estado allí o como si siempre hubiese estado en todas partes. Elías no cayó. Flotó. Como un pensamiento suspendido en la conciencia de un dios dormido.

Cuando volvió a tener forma, estaba frente a un espejo.

Pero no era un espejo cualquiera.

Era un muro líquido que vibraba con cada pensamiento suyo. No reflejaba su rostro, sino su historia. No devolvía su imagen, sino sus decisiones.

Allí estaba él, el otro Elías. El que había obedecido, el que había renunciado. El que había enterrado sus sueños bajo la alfombra de la sensatez. Llevaba corbata y cansancio en el alma. Sus ojos no brillaban: soportaban. Su boca no decía: repetía. Era la estatua de la resignación.

El Elías verdadero —el que había vivido el café, el anciano, la kenosis— lo observó con un dolor extraño. No era desprecio. Era duelo. Estaba viendo lo que podría haber sido. Lo que todavía podía volver a ser, si dejaba de elegir con conciencia.

El reflejo habló.

—¿Y si todo esto es solo una fantasía?

Elías no respondió de inmediato. Se acercó. Tan cerca que el aliento de ambos se confundía.

—Si esto es un sueño —dijo al fin—, es el más lúcido que he tenido. Y si tú eres real, entonces es hora de decirte adiós.

El espejo tembló.

Una grieta cruzó el reflejo de arriba abajo.

—¿No tienes miedo? —preguntó el reflejo.

—Tengo sentido —respondió Elías—. Y eso es más poderoso que cualquier miedo.

La grieta se multiplicó en mil fragmentos. Cada uno mostró una escena: un camino no tomado, una palabra no dicha, una pasión sofocada. El espejo no explotó. Se disolvió.

Elías dio un paso adelante. Cruzó lo que antes era un muro.

Y entró.

Ya no estaba en un café, ni en una ciudad, ni en una escena metafísica. Estaba en su propia vida. Pero todo era distinto. No porque el mundo hubiese cambiado, sino porque él lo miraba ahora con los ojos de quien ha despertado.

Los colores eran más vivos. El silencio tenía forma. Las decisiones tenían peso. Todo estaba cargado de sentido.

Había cruzado el umbral.

Ya no era un soñador que huye. Era un ser que construye. Un hombre que ha decidido hacer de su existencia una obra filosófica.

Y la vida —esa vieja dama que suele ignorar a los indiferentes— se inclinó sutilmente a saludarlo.

Elías caminaba. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que cruzó el umbral del espejo. Tal vez minutos. Tal vez siglos. El tiempo ya no era una línea, sino una respiración.

Y entonces lo vio.

Un claro. En medio de la ciudad, como una anomalía o una rendija en el tejido del mundo. Allí ardía una pequeña hoguera. No había nadie. Solo el fuego y, sobre él, colgando de ramas invisibles, objetos. No decoraciones. No símbolos inventados. Eran sueños.

Una cámara vieja, oxidada, que aún parecía contener la imagen de un viaje no hecho.

Una guitarra sin cuerdas, pero con notas atrapadas en su caja.

Un cuaderno lleno de páginas en blanco con una pluma atravesada como un hueso roto.

Una capa roja de niño, aún con barro en el borde.

Y en el centro, sobre una roca lisa, un cuenco vacío. Elías se acercó. Lo tomó entre sus manos. Dentro había una inscripción que solo podía leerse cuando la luz del fuego la tocaba con cierto ángulo:

“Inténtalo una vez más.”

Sintió un nudo en el pecho. El fuego pareció aumentar, no en tamaño, sino en intensidad. Y entonces, alguien apareció.

Era un niño. Pero no era cualquier niño.

Tenía su misma mirada.

Era él.

El Elías de siete años, con la cara sucia de aventuras, los ojos llenos de mundo y la voz de quien no conoce límites. El niño no habló. Solo lo miró, luego extendió la mano y tocó su pecho.

Y Elías comprendió.

Los sueños no habían muerto.

Solo se habían escondido, esperando que él se hiciera digno de ellos.

Que dejara de buscar seguridad.

Que dejara de pedir permiso.

Que se atreviera a abrazarlos no como deseos, sino como deberes existenciales, como actos de fidelidad con su ser más profundo.

El niño sonrió y desapareció en humo dorado.

Elías se quedó solo con el cuenco en la mano y el fuego reflejándose en sus pupilas. Esta vez no lloró. Esta vez respiró.

Y miró al lector.

Sí, al lector.

Porque ahora, tú, que has caminado entre estas palabras, también estás en el claro. Frente a ese fuego. Con el cuenco en tus manos.

¿Puedes leerlo?

“Inténtalo una vez más.”

Porque los sueños no mueren, muere nuestra decisión de honrarlos.

Y si Elías pudo volver, si descendió, se vació, se quebró y reconstruyó el sentido, entonces tú también puedes.

No repitas la vida como castigo.

No mueras en una historia que no escribiste.

No abandones lo que alguna vez te hizo latir el pecho más fuerte.

Porque este mundo no es el mundo de los imposibles. Es el mundo de los que se atreven.

Y si el fuego sigue encendido, es porque aún hay quien sueña.

Y tú, lector, aún estás a tiempo.

Inténtalo una vez más.

CAPÍTULO IV - Contra el Olvido de los que aún Respiran

Este no es un final. Porque lo que termina cuando uno empieza a soñar de nuevo no es una historia, es la parálisis. Lo que se quiebra no es el relato, sino la costumbre de vivir sin relato. Y si Elías pudo despertarse, si su travesía te tocó aunque sea en un rincón del pecho, entonces no estás leyendo el final. Estás leyendo la señal.

Sí. Este es un manifiesto. Pero no para firmarlo. Para vivirlo.

Porque hemos confundido la lucidez con el escepticismo, la razón con la resignación, la filosofía con el lamento institucionalizado. Y nos olvidamos de que pensar también es incendiar. Que filosofar es moverse. Que escribir es romper silencios. Y que un sueño, cuando es vivido con sentido, es más fuerte que cualquier decreto de realidad.

Nos dijeron que pensar era para los sabios, que soñar era para los ingenuos y que vivir era para los que no hacían preguntas. Este manifiesto no acepta ninguna de esas sentencias. Este texto —si algo quiso ser— fue el intento desesperado de devolverle la dignidad al asombro.

Porque sí, se puede pensar con metáforas. Porque sí, se puede filosofar con historias. Porque sí, se puede despertar sin tenerlo todo claro. Lo único imperdonable es no intentarlo.

Vivimos bajo un sistema que perfeccionó el arte de la anestesia existencial: nos mantiene ocupados, productivos, funcionales... vacíos. Nos da estímulos pero no sentidos. Nos da velocidad pero no dirección. Nos da conexiones pero no encuentros.

Pero hay algo que el sistema no puede robarnos: la capacidad de detenernos. De sentarnos. De callar. De mirar el techo y preguntarnos —de verdad— qué carajos estamos haciendo con la vida.

Si después de leer esto, vuelves a repetir tu rutina sin pensarla, sin repensarte, sin reescribirte... entonces fracasé. Pero si algo en ti se movió —una sospecha, una lágrima, una frase anotada en una servilleta— entonces este texto no es literatura: es vida.

Tú decides si sigues la marcha o si te das el permiso escandaloso de recomenzar. De mirar a tu niño interior sin vergüenza. De honrar tus sueños como quien honra a un dios pagano que no exige sacrificios, sino valentía.

Porque aún respiras.

Y mientras respiras, aún puedes luchar contra el olvido.

Contra el olvido de lo que querías ser.

Contra el olvido de lo que amabas.

Contra el olvido de ti.

Y si dudas... déjame contarte algo.

¿Has oído hablar de **J.K. Rowling**? No fue una editorial la que la rechazó. Fueron doce. Doce veces le dijeron que su historia no servía, que la magia no vendía, que los niños no necesitaban otra saga. Ella siguió. Porque un sueño no muere cuando lo rechazan. Muere cuando tú decides que ya fue suficiente. Y ella no lo decidió.

Van Gogh vendió un solo cuadro en vida. Uno. El resto lo pintó sabiendo que nadie los quería. ¿Te imaginas pintar con hambre, con frío, con tristeza... y seguir? Pero él siguió. Porque

su pintura no era una mercancía, era una necesidad. Porque no podía respirar sin pintar. Y eso, eso es lo que hace que algo valga la pena: no si lo compran, sino si lo necesitas para vivir.

Stephen King arrojó su primer manuscrito a la basura. Fue su esposa quien lo rescató. Él había dejado de creer, pero alguien no lo permitió. ¿Te das cuenta? A veces necesitas a alguien que te devuelva tu sueño cuando ya no puedes con él. Pero para eso, primero debes soñarlo.

Y no hablo solo de escritores.

Howard Schultz, el hijo de un obrero, creció en un barrio marginal. Y un día, al ver cómo su padre se enfermaba sin tener seguro ni dignidad, soñó con otra empresa. Una que le diera a sus empleados algo más que un sueldo. Así nació **Starbucks**. Y sí, puedes odiar el café industrializado, pero no puedes negar la fuerza de un sueño bien plantado.

¿Quieres más?

Frida Kahlo pintó desde la cama, con el cuerpo roto y el alma en llamas. **Beethoven** compuso sordo. **Helen Keller** escribió sin ver, sin oír, sin hablar. **Malala** enfrentó balas para que tú y yo pudiéramos leer esto sin miedo. Y tú, ¿me vas a decir que es tarde? ¿Que es difícil? ¿Que no vale la pena?

Te miro —sí, a ti— y te digo: no te canses todavía.

Porque el éxito —el de verdad— no es fama, ni dinero, ni seguidores. Es volver a intentarlo cuando ya nadie espera nada de ti. Es respetarte lo suficiente como para no claudicar. Es soñar con fiereza, aunque tiemble la voz al decirlo.

Y si crees que estás solo, que nadie entiende lo que sueñas... piensa esto:

Todo gran sueño empezó siendo ridículo.

La electricidad, el avión, internet, el telescopio, el lenguaje mismo... todo nació como un “no se puede”. Hasta que alguien, como tú, decidió intentarlo una vez más.

Piénsalo.

¿Cuándo fue la última vez que te preguntaste si estás viviendo la vida que quieres?

No la que te toca. No la que heredaste. No la que repites porque te enseñaron a no incomodar.

¿La que quieres?

¿Eres tú, o solo alguien que cumple con lo que se espera de ti?

No respondas rápido.

No te excuses con lo laboral, con lo económico, con la edad, con la familia. No te refugies en los “es que...” ni en los “ya no se puede”.

Respira.

Imagina que estás solo en una habitación con la versión más honesta de ti mismo. Esa que no se maquilla ni se justifica. Esa que, si pudiera hablar, quizás te diría:

“Yo quería otra cosa.”

Y eso no está mal.

¿Sabes? No hay traición más dolorosa que traicionarse a uno mismo con la excusa de la sensatez. No hay condena más cruel que la de vivir muchos años sin haberse habitado nunca.

Elías —ese personaje que ya no es solo personaje— lo entendió tarde. Pero no demasiado tarde.

Tú aún estás a tiempo.

A tiempo de escribir tu propia historia, no con frases épicas ni con actos heroicos, sino con decisiones pequeñas, persistentes, dignas. Porque vivir con sentido no significa tenerlo todo claro, sino tener claro que esto que vives merece ser vivido como si importara.

Que tu sueño no está loco.

Que tu voz no es menor.

Que tu cansancio no te define, pero tu coraje sí.

Y si no sabes por dónde empezar, empieza por hacer silencio. Por apagar el ruido. Por mirar hacia adentro y recuperar, aunque sea con miedo, una certeza que nunca debió apagarse:

Tú puedes más de lo que crees.

Y si todo esto fue un espejo, ¿qué viste en él?

No hay final para una historia que ha sido verdadera.

Porque lo verdadero no se clausura: se transforma, se recuerda, se repite con variaciones secretas en otros cuerpos, en otras voces, en otros silencios.

Y si llegaste hasta aquí, si pasaste por las preguntas, por las ruinas, por los sueños caídos y los fuegos encendidos... entonces este texto no fue solo un escrito: fue un espejo.

Y tú, lector, lo atravesaste.

¿Pero qué viste?

¿Viste a Elías? ¿O te viste a ti?

¿Viste un mundo onírico y filosófico o viste tu infancia hecha polvo? ¿Tu adultez domesticada? ¿Tus preguntas silenciadas? ¿Tus decisiones aplazadas?

¿Te diste cuenta —aunque fuera por un segundo— de que también tú puedes detener el ciclo? Que también tú puedes dejar de repetir el guion, dejar de fingir que todo está bien mientras por dentro algo muere cada día.

Esto no fue una historia. Fue una provocación.

Una pequeña revolución envuelta en palabras suaves.

Un acto de fe en el pensamiento libre.

Un grito disfrazado de narrativa.

Y ahora... ¿qué harás?

¿Cerrarás este libro y volverás a la carrera de las ratas?

¿O aceptarás la osadía de comenzar de nuevo?

Porque soñar no es infantil. Soñar es resistir.

Y filosofar —cuando se hace con el cuerpo, con el alma, con las entrañas— es una forma de amor radical hacia la vida.

Que esta historia no termine aquí.

Haz de tu vida el siguiente capítulo.

Y que cuando alguien te pregunte qué viste en este espejo, puedas responder con la frente en alto:

Vi lo que pude ser... y me atreví.

No me olvidé del trabajo de grado. Me negué a reducirlo.

No. No me olvidé del trabajo de grado. Ni del formato. Ni de las normas. Ni de las expectativas.

Simplemente me negué —con terquedad filosófica— a volverlo un acto de encierro. Porque mientras unos sueñan con llenar bibliografías, yo soñé con que la filosofía pudiera volver a la calle, al alma, a la piel.

No he hecho de esta carrera un ritual de clausura. He hecho de ella una puerta abierta.

Porque estudiar filosofía no es una medalla. Es una responsabilidad. Una herejía constante contra todo lo que pretende que vivamos sin preguntarnos por qué.

Relacioné la vida con la filosofía no porque fuera un capricho narrativo, sino porque nada tiene más sentido que vivir con sentido. Y si la filosofía no nos ayuda a eso, entonces hemos perdido su pulso. Como dijo Cornelius Castoriadis:

“Una sociedad sin cuestionamiento no es una sociedad viva. Y un pensamiento sin creación no es pensamiento: es técnica, es cálculo, es repetición.”⁵³

Yo elegí crear.

Vivir con sentido no es una idea inspiradora. Es una urgencia antropológica. Porque el ser humano no puede soportar una vida larga sin una dirección clara. No somos máquinas programadas. Somos proyectos abiertos —como bien lo advirtió Sartre— que solo se hacen humanos al elegir⁵⁴, al significar, al hacerse cargo.

La filosofía, por tanto, no es una disciplina entre otras. Es el arte de cargar la existencia con profundidad. De hacer preguntas que puedan sostenernos cuando todo lo demás se desploma. Como escribió Byung-Chul Han:

“Hoy vivimos una crisis del sentido... porque la presión del rendimiento ha reemplazado la contemplación, y el hombre moderno ha perdido su alma sin siquiera darse cuenta.”⁵⁵

⁵³ Cornelius Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad* (Buenos Aires: Tusquets, 2007), 128.

⁵⁴ Jean-Paul Sartre, *El existencialismo es un humanismo* (Buenos Aires: Losada, 2003).

⁵⁵ Byung-Chul Han, *La sociedad del cansancio* (Barcelona: Herder, 2017), 24.

Este escrito no es un capricho poético. Es una declaración de principios. Un esfuerzo por no convertirme en otro titulante que cruza la meta sin haber habitado el camino. Porque si no pude filosofar en este texto, no merezco llamarme filósofo después de él.

Mi propuesta fue atrevida, sí. Pero lo mínimo que se le puede pedir a alguien que estudia filosofía es osadía. Lo mínimo es no escribir desde el miedo. Lo mínimo es no encerrar la vida en citas, sino hacer que las citas respiren en la vida.

Este trabajo es mi voz. Mi grito. Mi acto de amor por un pensamiento que no quiere morir entre rúbricas. Quise escribir un manifiesto que se atreve a existir. Que toca a quien lo lee. Que incomoda. Que enciende.

Porque si la filosofía no toca la vida, entonces no toca nada.

Y yo no quiero solo un título.

Quiero, como dijo Camus, “**ser fiel a la tierra.**”⁵⁶

Y por eso, este texto no es un cierre.

Es una **apertura al mundo.**

⁵⁶ Albert Camus, *El mito de Sísifo* (Madrid: Alianza Editorial, 2005), 38.

CAPÍTULO V - Manifiesto Final – Contra la Muerte de los Sueños

Llegamos al momento en que ya no tengo que argumentar nada, al umbral conclusivo de este texto. Es aquí donde deseo dejar una huella, un resplandor para quienes, por fortuna, lleguen hasta estas páginas o se atrevan a recomendarlas. Desde mi anhelo y mi sueño más íntimo, espero que esto no sea un trabajo de grado más, condenado a corroerse en el silencio de los archivos académicos. Porque, ¿es digno de ser leído un trabajo de pregrado? ¿Puede acaso uno romper, aunque sea por un instante, las barreras de la burocracia universitaria y tocar el corazón del lector?

No tengo muchas palabras para expresar la urgencia de lo que quiero decir: cada uno de nosotros es, de alguna manera, responsable del éxito o del fracaso de quienes nos rodean. Sin embargo, con frecuencia nos da miedo que otros brillen. Tememos que su luz opaque la nuestra, sin comprender que incluso las estrellas resplandecen gracias a una luz que no les pertenece por completo. No brillan solas; resplandecen juntas, sostenidas por un universo que se rehace constantemente.

Somos en cuanto humanizamos. Somos en la medida en que entramos en relación, en que tejemos vínculos, en que permitimos que el otro exista en nosotros. Por eso, no dejemos que nuestra oscuridad —nuestros miedos, resentimientos o indiferencias— se apodere de los sueños ajenos. No se trata de salvar al otro, sino de no apagar su fuego. Iluminemos con nuestra existencia, con nuestras preguntas, con nuestra capacidad de cuidar, de escuchar y de crear. Solo así reescribiremos la historia.

Hoy, más que nunca, necesitamos una filosofía que no se esconda en los libros polvorientos ni en los congresos especializados. Necesitamos una filosofía encarnada, que baje de los templos y se sienta con nosotros en la mesa, en la cama, en el trabajo, en los silencios.

No para resolvernos la vida. Sino para abrirla.

Como Elías, cada ser humano merece reencontrarse con sus sueños sin avergonzarse de ellos. Y para eso, necesitamos volver a pensar, volver a preguntar, volver a vivir con profundidad.

Este es el punto de partida. La valentía de mirarnos sin máscaras. La filosofía no es para quien tiene respuestas, sino para quien se atreve a ver el abismo sin huir. Quien, como Elías, ha descendido —ha vivido su *kenosis*— y ha regresado con los ojos abiertos.

Porque como decía Simone Weil,

“La atención es la forma más pura y rara de generosidad.”⁵⁷

Y la filosofía es ante todo eso: atención a lo que somos, a lo que anhelamos, a lo que duele, a lo que callamos.

Humanizar la filosofía es permitir que ella nos recuerde, cada día, que la vida no es un error, sino un proyecto por realizar. Que no nacimos para repetir fórmulas ni para resignarnos al sinsentido. Que, si hay algo sagrado en el mundo, es la capacidad de transformar el sufrimiento en verdad.

“El hombre es un ser que se hace a sí mismo. Y en ese hacerse, se encuentra.”⁵⁸

⁵⁷ Simone Weil, *La gravedad y la gracia* (Madrid: Trotta, 2007), 106.

⁵⁸ Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*, 85.

Cada día puede ser un acto filosófico. No porque sepamos más, sino porque nos atrevemos más. A habitar las preguntas, a sostener los vacíos, a mirar a otros sin juicio y mirarnos sin mentira.

La filosofía no nos promete felicidad. Nos promete verdad. Y como decía Nietzsche,

“Quien tiene un porqué para vivir, puede soportar casi cualquier cómo”.⁵⁹

Por eso, este escrito no termina. Solo da paso a ti, lector, para que seas tú quien decida si se queda mirando desde el andén, o sale a la calle con el fuego en los ojos y la pregunta en el alma.

Porque nadie más que tú puede filosofar tu vida.

Porque soñar no es ingenuo: es revolucionario.

Y porque, como dijo Emmanuel Levinas:

“El despertar no es otra cosa que el hecho de no poder escapar al rostro del otro”.⁶⁰

Entonces despierta.

Mira el mundo.

Y haz de tu vida una obra que merezca ser contada.

Ahora si me preguntas en este momento: ¿Por qué este trabajo? ¿Por qué así?... voy a dejar a un lado mi frustración y me voy a detener con paciencia a responderte, con la misma paciencia que desde hoy lector, padre de familia, educador o quien quiera que seas... vas a tener la misma

⁵⁹ Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, 45.

⁶⁰ Emmanuel Levinas, *Totalidad e infinito*, trad. José A. Sánchez (Salamanca: Sígueme, 2002), 220.

paciencia para responder esa persona que apenas está descubriendo el mundo y serás el responsable de que se enamore de vivir la vida y no simplemente de existirla.

¿Por qué este trabajo? ¿Por qué así?

Porque me cansé del molde.

Porque en medio de los requisitos, las rúbricas, los formatos y las metodologías académicas, decido no olvidarme del sentido.

Este trabajo no ha sido un requisito.

Ha sido un acto de resistencia, un megáfono que apunta al cielo expresando la voz de muchos que se acomodan al sistema.

Una forma de decir que la filosofía no es solo teoría, sino una manera concreta y radical de vivir.

Que no hemos estudiado para disertar, sino para vivir con conciencia, con profundidad, con rebeldía y con belleza.

Podría haber hecho un análisis convencional, una tesis argumentativa, un ensayo académico que cumpliera con todo... y dijera muy poco.

Pero decido caminar otro sendero: el de lo humano, lo arriesgado, lo verdadero.

Porque si la filosofía no toca la vida, ¿de qué sirve?

He querido gritar con este trabajo que la vida está ahí, esperando a ser vivida, no solo soportada. Que el sentido no es una respuesta, sino una búsqueda. Que todos llevamos dentro un Elías: lleno de sueños, de caídas, de renacimientos posibles.

Y lo hice porque creo con profunda convicción que:

“La vida no se ha entendido si no se la ha arriesgado. Se puede vivir sin riesgo, pero entonces no se ha vivido: sólo se ha durado”.⁶¹

Así he decido asumir este trabajo: arriesgando a vivirlo.

A que fuera más que letras: una experiencia, una puerta, un espejo.

Y si hoy, lector, tú también te sientes retado, inquieto o inspirado, entonces esta obra ya ha cumplido su propósito.

Porque no basta con estar en la vida. Hay que vivirla.

Y vivirla significa atreverse.

Del origen a la siembra.

La primera vez que soñamos, nadie nos enseñó a hacerlo. Lo hicimos sin permiso, sin método, sin garantías. Éramos niños —o aún más pequeños— y ya habitábamos el mundo como un misterio por abrir, no como una condena por soportar.

Soñar era natural. Desear lo imposible, cotidiano. Y lo más revolucionario que podía hacernos humanos era atrevernos a imaginar un futuro distinto del que nos dictaban. Luego crecimos. Y el mundo empezó a domesticar ese fuego. A llamarlo fantasía, locura, inmadurez. A reducir el abismo a un formulario. El asombro a un horario. La pregunta a una nota.

⁶¹ José Ingenieros, *El hombre mediocre* (Buenos Aires: Ediciones Libertador, 2006), 212.

Por eso, este trabajo no quiso “graduarse” de la infancia. No buscó coronarse con honores. Buscó recuperar el temblor original, el temblor primero. Ese que precede a toda filosofía verdadera.

Porque lo que este mundo necesita no son más profesionales satisfechos de sí mismos, sino espíritus insatisfechos, seres capaces de volver al asombro como forma de vida. Personas que no midan su valor por lo que producen, sino por lo que despiertan.

No hemos escrito esto para cumplir. Lo hemos escrito para interrumpir. Para decirle al sistema académico que también se puede filosofar sin adiestramiento. Que el alma no obedece a cronogramas. Que el sentido no nace de una rúbrica, sino de una herida.

La vida se nos ha vuelto cálculo. Control. Rutina. Y, sin embargo, cada ser humano sigue siendo una semilla, un relato a punto de comenzar, un territorio inexplorado.

Creo que todo pensamiento es también un acto de siembra. Que cada frase escrita desde la verdad puede florecer años después en alguien que aún no ha nacido.

Y por eso sembró.

Aunque el terreno parezca árido.

Aunque los lectores parezcan dormidos.

Aunque este tiempo no premie la profundidad.

Siembro porque creemos en las raíces invisibles. Porque no hay revolución más peligrosa que una idea viva, ni arma más potente que una pregunta sembrada en el corazón correcto.

No quiero que esta obra quede solo como tinta. Quiero que se vuelva tierra fértil.

Si tú, lector, alguna vez te sentiste solo por pensar distinto, por preguntar lo que no debía preguntarse, por soñar lo que parecía ridículo... esto es para ti.

Aquí hay una casa. Una voz. Un fuego.

Un testimonio de que no estás loco. Solo estás despierto.

Este texto no ha sido un punto final. Ha sido una grieta.

Una grieta en la lógica que nos quiere obedientes. Una grieta en la historia que nos quiere olvidables. Una grieta en la vida que nos quiere iguales.

Y por esa grieta puede entrar la luz.

Ahora me dirijo a ustedes: quienes aún no se atreven a soñar, *Y quienes lo hicieron y fueron castigados por ello.*

Nos dijeron que soñar era perder el tiempo.

Nos advirtieron que el mundo no tiene espacio para los que piensan diferente.

Nos enseñaron a callar la pregunta, a disfrazar la duda, a obedecer sin entender.

Nos prometieron estabilidad a cambio de nuestra voz.

Y durante un tiempo, creímos.

Creímos que el sentido se encontraba en pertenecer.

Que la vida era una ruta ya trazada, y que apartarse era caer.

Pero algo dentro de nosotros no se rindió.

Una grieta, un murmullo, una sed.

Y por ahí, por esa pequeña fractura en la coraza, entró la luz.

Hoy decimos basta.

Basta de normalizar el desencanto.

Basta de reducir la existencia a números, metas y formularios.

Basta de enterrar sueños para parecer adultos.

Basta de sobrevivir como si vivir fuera un lujo.

Nosotros no queremos una vida decorosa si está vacía.

No queremos éxito si implica traicionarnos.

No queremos progreso si el precio es el alma.

Queremos errar.

Queremos buscar sin mapa.

Queremos pensar lo impensable.

Queremos volver a temblar ante una idea.

Este es mi manifiesto:

La filosofía no es una torre, es una hoguera.

No está hecha para admirar desde lejos, sino para arder en ella.

Y quien entra, se transforma.

Y quien se transforma, ya no obedece ciegamente.

Y quien no obedece, está vivo.

No escribo este texto buscando aprobación.

Lo escribo para no olvidar.

Para no olvidar al niño que preguntaba por qué el cielo era azul.

Para no olvidar a la adolescente que escribía poemas que nadie entendía.

Para no olvidar al joven que alguna vez creyó que todo era posible.

Para no olvidar al adulto que aún, en secreto, quiere cambiar el mundo.

Este no es un trabajo de grado.

Es un acto de fe.

Una resistencia.

Si estás leyendo esto, no estás solo.

Si sientes que tu alma late más fuerte al leer estas líneas, entonces eres parte.

Parte de esta comunidad invisible que no se conforma.

Parte de los que no se resignan.

Parte de los que aún sueñan con una vida que valga la pena vivir.

Y si no te atreves aún, si el miedo es más grande que el deseo, está bien.

Te entiendo. También he tenido miedo.

Pero no lo dejes todo allí.

Guarda este manifiesto.

Regrésalo al corazón cuando lo necesites.

Porque un día —quizás mañana, quizás dentro de veinte años—

sentirás que el fuego vuelve.

Y entonces estarás listo.

Y aquí te estaré esperando.

Con las manos llenas de palabras,

y el alma dispuesta a encender.

Nota final

Este no fue un trabajo de grado.

Fue una declaración de principios.

Una afirmación del ser en medio del ruido.

Una forma de resistir al olvido, al cinismo, al miedo.

Durante años de estudio, la filosofía no se me presentó como un conjunto de doctrinas, sino como un llamado.

Un llamado a mirar distinto, a preguntar lo impensable, a atreverme a no dormir en la comodidad del sistema.

Y por eso decidí que este trabajo no podía ser un simple “cumplimiento”, sino una respuesta viva al llamado del sentido.

Preferí arriesgarme a fracasar en lo externo antes que traicionar la verdad interna.

A quienes llegan al final de esta obra:

gracias por permitir que Elías los habite, los confronte y los despierte.

Gracias por sostener la mirada en el abismo sin cerrarla.

Gracias por no rendirse al sinsentido.

Ojalá este texto los acompañe en los días sin luz.

Ojalá despierte en ustedes una pregunta que ya no puedan apagar.

Porque si algo aprendí escribiendo estas páginas es esto:

No hay tarea más digna que la de buscar el sentido y no traicionarlo. Aunque duela. Aunque nadie lo entienda. Aunque sea más fácil callar.

La vida es ese abismo hermoso que se abre entre lo que fuimos y lo que aún podemos ser. Atrévete a cruzarlo.

Referencias

- Aristóteles. *Ética nicomáquea*. Traducido por José Luis Calvo Martínez. Madrid: Gredos, 2004. Obra original ca. 350 a.C.
- Arendt, Hannah. *Eichmann en Jerusalén: Un estudio sobre la banalidad del mal*. Barcelona: Lumen, 2005.
- Arendt, Hannah. *The Human Condition*. Chicago: University of Chicago Press, 1958.
- Beauvoir, Simone de. *Le deuxième sexe* [El segundo sexo]. París: Gallimard, 1949.
- Bester, Alfred. *La carrera de las ratas*. Madrid: Gigamesh, 2006.
- Byung-Chul Han. *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder, 2012.
- Camus, Albert. *El mito de Sísifo*. Traducido por Luis Echávarri. Madrid: Alianza Editorial, 2005.
- Cassirer, Ernst. *Antropología filosófica*. México: Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Castoriadis, Cornelius. *La institución imaginaria de la sociedad*. Traducido por Alfredo Brotons Muñoz. Barcelona: Tusquets, 1993.
- Chesterton, G. K. *Ortodoxia*. Traducido por Miguel Temprano García. Madrid: Espasa Calpe, 2007.
- Einstein, Albert. *El mundo como yo lo veo*. Madrid: Ediciones Temas de Hoy, 1999.
- Foucault, Michel. *El cuidado de sí: Historia de la sexualidad 3*. Traducido por Tomás González Rolán. Madrid: Siglo XXI, 2001. Obra original publicada en 1984.
- Foucault, Michel. *Surveiller et punir: Naissance de la prison* [Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión]. París: Gallimard, 1975.
- Frankl, Viktor E. *El hombre en busca de sentido*. Traducido por José A. Bastías. Barcelona: Herder, 2004. Obra original publicada en 1946.
- Frankl, Viktor E. *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder, 2012.
- Gadamer, Hans-Georg. *Wahrheit und Methode* [Verdad y método]. Tübingen: Mohr Siebeck, 1960.
- Gehlen, Arnold. *El hombre, su naturaleza y su lugar en el mundo*. Madrid: Alianza Editorial, 2009.

Hadot, Pierre. *Ejercicios espirituales y filosofía antigua*. Madrid: Siruela, 1995.

Heidegger, Martin. *Sein und Zeit* [*Ser y tiempo*]. Halle: Niemeyer, 1927.

Heidegger, Martin. *Ser y tiempo*. Traducido por José Gaos. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2003. Obra original publicada en 1927.

Ingenieros, José. *El hombre mediocre*. Buenos Aires: Ediciones Libertador, 2007. Obra original publicada en 1913.

Kierkegaard, Søren. *El concepto de la angustia*. Traducido por Demetrio Gutiérrez. Madrid: Alianza Editorial, 2002.

Levinas, Emmanuel. *Totalidad e infinito*. Traducido por Agustín Neira. Salamanca: Sígueme, 2002.

Marx, Karl. *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. Madrid: Akal, 2011.

Mauss, Marcel. *Sociología y antropología*. Traducido por Ángel Caro. Madrid: Tecnos, 1979.

Nietzsche, Friedrich. *Así habló Zaratustra*. Traducido por Andrés Sánchez Pascual. Madrid: Alianza Editorial, 2005. Obra original publicada en 1883.

Nietzsche, Friedrich. *Jenseits von Gut und Böse* [*Más allá del bien y del mal*]. Leipzig: C. G. Naumann, 1886.

Ortega y Gasset, José. *Historia como sistema y otros ensayos de filosofía*. Madrid: Revista de Occidente, 1935.

Ortega y Gasset, José. *Meditaciones del Quijote*. Madrid: Revista de Occidente, 2004.

Pascal, Blaise. *Pensamientos*. Traducido por Salvador Mañer. Madrid: Espasa-Calpe, 1993.

Ricoeur, Paul. *Temps et récit* [*Tiempo y narración*]. París: Éditions du Seuil, 1983.

Ricoeur, Paul. *Sí mismo como otro*. Madrid: Siglo XXI Editores, 1996.

Sartre, Jean-Paul. *El existencialismo es un humanismo*. Traducido por Juan Valmar. Buenos Aires: Edhasa, 2006.

Scheler, Max. *El puesto del hombre en el cosmos*. Madrid: Caparrós Editores, 2001.

Weil, Simone. *La gravedad y la gracia*. Madrid: Trotta, 2007.

